

Misión en la Argentina

Nicolás Lynch

MISIÓN EN LA ARGENTINA

DESMONTAJE DE UNA FARSA MEDIÁTICA

NICOLÁS LYNCH

Misión en la Argentina. Desmontaje de una farsa mediática
Autor: Nicolás Lynch

Primera edición: diciembre 2015

Copyright © Nicolás Javier Lynch Gamero

Librería Editorial Horizonte SAC

Jirón Sucre 470, San Miguel, Telef. 511 2630178, Lima 32, Perú.

E-mail: damonte@terra.com.pe

Fotografía de carátula: Nicolás Lynch.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso y por escrito de los propietarios de copyright

ISBN: 978-612-XXXXX

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N: 2015-XXXX

Índice

Prólogo	9
I. La partida	13
II. La relación diplomática	21
III. La Argentina que conocí	55
IV. El desenlace	75
Colofón	101
Anexos	105

Prólogo

Este libro se refiere a los hechos que llevaron a mi renuncia como embajador del Perú en la Argentina, ocurrida a partir de una denuncia aparecida en la edición digital del diario *El Comercio* el 2 de noviembre de 2012. La decisión de escribir una memoria personal sobre lo sucedido no ha sido fácil. Primero, han debido pasar algunos años de ese hecho para establecer alguna distancia temporal, nunca suficiente, con un hecho semejante. Luego, porque fueron sucesos complejos para mí y mis seres más queridos, por la campaña calumniosa en contra que buscó mi liquidación política y el golpe artero contra la tradición de izquierda en la que milito. Pero tuve la decisión de escribir desde el primer momento sobre esta emboscada. No he encontrado otra forma de hacerlo que a través de una memoria personal, género a través del cual asumo toda la responsabilidad por lo que digo y no busco ni pido se considere ninguna neutralidad. Es mi versión sincera de lo sucedido.

En su momento el suceso tuvo vasta repercusión en los medios peruanos, debido sobre todo a la avalancha mediática en mi contra, y alguna, muy poca, entre negativa y dubitativa, repercusión exterior. Mi respuesta fue toda la que pude en su momento. Corta y rápida, para no agotarme en el proceso, pero buscando ser claro y preciso en mi denuncia de la patraña que

se había montado. Lógicamente la repercusión de mi respuesta, en comparación con el cargamontón, fue mínima por lo que quedaba el compromiso de una aclaración mayor. Este es el objetivo de las siguientes páginas.

No he querido restringirme a los sucesos que motivaron mi salida sino dar una visión mayor de la embajada que realicé en Buenos Aires, así como de las impresiones que tuve de la Argentina y de los personajes con los que hubo la oportunidad de interactuar. La labor diplomática que desarrollamos, con los diplomáticos y funcionarios civiles de la misión, tuvo objetivos, al menos ese era mi entendimiento, que me fueron señalados por las autoridades que me enviaron a Buenos Aires. Actué en consecuencia y sostengo que mi salida tuvo que ver con esa consecuencia. En estas páginas se podrán leer las contradicciones entre una propuesta de cambio y las inercias de un Estado como el peruano, capturado por una hegemonía política e ideológica desde muy atrás, que hoy se plasma en el neoliberalismo y a la que los nuevos vientos casi no hicieron mella.

Me he esforzado por escribir sobre mis experiencias políticas. Sin embargo, hasta ahora lo había hecho ayudado por mi profesión de sociólogo, ya fuera por la vía del análisis de testimonios, donde yo era uno más de la versión “coral” que registraba, como en el caso de *Los jóvenes rojos de San Marcos*¹ o en la versión mixta del testimonio y el análisis político que realizo en *Una tragedia sin héroes*²; hasta el recuento de parte, en clave académica, que hago en *Cholificación, república y*

1 Lynch, Nicolás. *Los jóvenes rojos de San Marcos*. El zorro de abajo editores. Lima: 1990.

2 Ibid. *Una tragedia sin héroes*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima: 1999.

*democracia*³. La diferencia con este opúsculo no solo es de extensión, sino de naturaleza. Aquí dejo de lado los enfoques que me auxiliaron en otro momento y me someto a mis recuerdos y mis emociones. Lo hago por necesidad, no he encontrado otra forma de referirme a estos hechos.

Tengo muchas personas a las que agradecer para finalmente haber podido volcar mi versión en estas páginas. Me limitaré a las principales. En cuanto a los funcionarios diplomáticos no puedo olvidar a Liliam Ballón, hoy embajadora, por su inteligencia, eficacia e ilustración. A Roland Denegri, ministro consejero y funcionario diligente y perspicaz, con extraordinaria creatividad para encontrar salidas a los problemas, así como a los ministros Hugo Pereyra y Carlos Amézaga, sucesivamente cónsules encargados en Buenos Aires, por su liderazgo y sacrificio en un trabajo difícil y poco reconocido. Entre los empleados civiles debo mencionar a Osmar González, consejero y amigo, que le dio especial lustre a nuestra agregaduría cultural en la Argentina. Asimismo, a Jimena Núñez, mi secretaria, por su lealtad y tesón en el trabajo cotidiano. Entre los amigos que ya conocía antes de llegar, debo mencionar sobre todo a Enrique Peruzzotti, muchas veces en desacuerdo conmigo, pero abierto y tolerante siempre. Pero también a Carlos María Vilas y Atilio Borón, por sus esfuerzos para introducirme a la realidad argentina. Entre los amigos peruanos que conocí a Jorge Carpio quien me proporcionó una ayuda inestimable y desinteresada, a Charo Boza por su insistencia en traerme a tierra, a la vez que a Patricia Tappatá y Gilberto Valdez, testigos de alegrías y abatimientos, me recordaron una y otra vez lo que era una familia peruana. También quisiera mencionar a José Rivero y Baldo Kresalja, que de manera especial fueron

3 Ibid. *Cholificación, república y democracia*. Otra Mirada. Lima: 2014.

generosos en la despedida y fraternos en el reencuentro. Por supuesto que mis juicios no los implican de ninguna manera y quizás en algunos casos los descubran por primera vez en este texto.

I. La partida

El viraje: miércoles 6 de abril de 2011

El miércoles 6 de abril de 2011, aproximadamente las 4 pm, estaba echado en mi cama tratando de descansar. Habíamos tenido una mañana agitada desde muy temprano en la Comisión Nacional de Campaña de Gana Perú del entonces candidato Ollanta Humala y yo había regresado a mi casa a almorzar y a preparar mi intervención en una entrevista con la periodista Rosa María Palacios esa noche en televisión. La entrevista era importante para mí porque eran las últimas horas, prácticamente, para la campaña de cara a la primera vuelta electoral el siguiente domingo 10 de abril, donde también se elegía al Congreso de la República y yo era candidato en la lista por Lima de Gana Perú. Además la citada periodista se había pasado la campaña desinformando al público respecto de mis puntos de vista sobre la necesidad de una Nueva Constitución y era una oportunidad para aclararla. Buscaba por ello dormir un poco para estar lo más lúcido posible esa noche. En eso suena el teléfono y era nuestro candidato presidencial, sorpresa para mí, porque hacía por lo menos un mes que no hablaba con él directamente.

– Hola Nicolás, ¿cómo estás?

- Hola Ollanta ¡qué sorpresa!
- Nicolás, te llamo para pedirte dos cosas. Primero, no quisiera que siguieras hablando de cambio de modelo ni tampoco de nueva constitución...
- Pero ¿cómo? Habría que discutir al respecto.
- No, no hay nada que discutir, haz, por favor lo que te estoy diciendo.
- ¿Cuándo podemos conversar?
- Ya no hay tiempo para conversar.
- Quisiera pedirte otra cosa también. Sé que estás invitado al programa de Rosa María Palacios esta noche. Te pediría que no fueras...
- Ya, bueno.
- Nos vemos entonces. Chau.
- Chau.

Fue un tremendo golpe. Por primera vez escuchaba de labios del candidato el viraje que ya habíamos empezado a percibir desde dos o tres semanas atrás. Esta vez, además, como una censura expresa a mi persona, en contra de acuerdos repetidos en la Comisión Nacional de Campaña y en muchas reuniones con él. El viraje había comenzado y lo sentí como un baldazo de agua fría. Dudé mucho en asistir a esa última entrevista en la que seguramente me jugaba muchos votos preferenciales. Finalmente, sería quizás mi antigua formación de militante, decidí no asistir.

Los tiempos de la *Hoja de Ruta*

La *Hoja de Ruta* es el sucedáneo del *Programa de la Gran Transformación* y sus tiempos son los que ocurren entre la primera y segunda vuelta electoral del 2011 y llegan hasta la de-

finición del primer equipo de gobierno de Ollanta Humala en las Fiestas Patrias, a fines de julio de 2011.

Hoy, a cuatro años de esas fechas, nos podemos dar cuenta de que el viraje ya había ocurrido antes de entrar al gobierno y que los que persistíamos en acompañar al Presidente electo y poco tiempo después juramentado, más allá de nuestras buenas intenciones, teníamos poco que ganar. El factor decisivo, como lo repitió con insistencia Carlos Tapia en muchas oportunidades, era la falta de correlación de fuerzas. No teníamos, más allá de nuestras capacidades profesionales y nuestros contactos políticos, una base social movilizable que pudiera, a la vez que apoyar y dar su voto a una propuesta de cambio, reclamar consecuencia a los dirigentes, en especial a Ollanta Humala. Al otro lado, en cambio, contaban con el poder económico de los grandes empresarios, la hegemonía ideológica de los años del boom exportador y la correlación política y militar de los poderes fácticos nacionales e internacionales.

Las cosas, sin embargo, casi siempre son difíciles de ver cuando uno está inmerso en ellas. Primó en esos días el “lograr lo que se pueda” y eso nos llevó a seguir adelante. Veníamos, como grupo de políticos y profesionales de izquierda de veinte años de derrotas y habíamos sido testigos de cómo se había envilecido a la sociedad y vendido al país en esos años. No estábamos predispuestos a reconocer el engaño y peor, la traición, a la primera de bastos.

La *Hoja de Ruta* es el mejor resumen de esta ilusión. Un listado de medidas, principalmente económicas, de las que se excluyeron los planteamientos políticos, sin tomar en cuenta un documento que al efecto se mandó preparar. La exclusión de la política significaba dejar de lado los cambios en el poder del Estado (lo que más le molestaba a la derecha) y ello se reflejaba en la modestia de las medidas económicas planteadas

que ya solo apuntaban a ajustes del modelo neoliberal pero no a su modificación sustantiva. Este certificado de buena conducta respecto del poder se plasmó en la reunión del candidato Ollanta Humala con Mario Vargas Llosa, donde prometió respetar la democracia cuyo texto constitucional había querido cambiar hasta dos meses atrás, justamente para sacarla de la precariedad en la que se encuentra sumida. Ello se remarca en la reunión con el cardenal Juan Luis Cipriani, prelado ultraconservador de la Iglesia Católica peruana, dando motivo para el equívoco discurso de “la familia bien constituída” que reitera el candidato en lo que resta de la campaña electoral.

Me molestaron ambas reuniones y me negué a participar en la primera. Además esta se hizo en la Casona de San Marcos lo que me molestó más aún. Es esa inveterada práctica de gente ajena a la Universidad que usa a San Marcos por el carácter histórico de sus claustros pero que se olvida de la misma una vez terminada la reunión. Mario Vargas Llosa y su hijo Álvaro, por otra parte, son gente que desprecia la tradición progresista y de izquierda en el Perú y en América Latina, gente que habla, como solían hacerlo los intelectuales de la vieja oligarquía, desde puntos de enunciación inapelables e ir a pedirles certificados es una muestra de rendición no de búsqueda de consensos. Quizás allí estuvo la pérdida del alma del movimiento, de lo que una vez se llamó “Gana Perú” para congregar una mayoría nacional y no para obtener la simpatía de los poderosos de turno.

La molestia, sin embargo, se ha mostrado dañina en política y tuve que tragármela en su momento. Pero su recuerdo permite reconstruir los hitos de una derrota para saber distinguir lo efímero de la ilusión por el poder del avance certero hacia el mismo. Lo que íbamos entregando no estaba de acuerdo con

lo que ganábamos y las semanas, meses y años siguientes lo demostrarían.

La *Hoja de Ruta* desemboca en la constitución del equipo de gobierno liderado por Salomón Lerner. En este gabinete se observan ya los efectos del viraje. Si bien lo dirigía uno de los políticos más caracterizados del grupo que llevó al poder a Humala, se cedió el Ministerio de Economía y Finanzas (MEF) a un tecnócrata neoliberal que venía de la administración anterior como es Luis Miguel Castilla y se ratificó como presidente del Banco Central de Reserva (BCR) a Julio Velarde, que venía también de la gestión anterior. Dos resortes fundamentales del poder en manos del enemigo. Con estos gestos se envía el mensaje, que había comenzado con la *Hoja de Ruta*, de que no cambiarían las claves del poder, sobre todo económico, que se habían establecido con la dictadura de Fujimori y Montesinos en la década de 1990.

En estas condiciones quedé fuera del gabinete para el que había sido propuesto por varias personas en la cartera de educación. Prefirieron a tecnócratas anodinos que a políticos con trayectoria que estuvieran comprometidos con el *Programa de la Gran Transformación*. La traición al proyecto, aunque no hubiera consciencia, se plasma así en la personas. Recuerdo que por esos días un amigo me dijo “te han traicionado Nicolás”. El peso de sus palabras me resuena hasta hoy y la dificultad de darme cuenta en el momento me sorprende también hasta el presente.

Así se produce mi nombramiento como Embajador del Perú en la Argentina. En condiciones ya de derrota, de derrota tanto personal como colectiva. Una última batalla estaba por darse, pero ya como afán postrero. La daría Salomón Lerner y el grupo que se quedó con él en el gobierno entre julio y diciembre del 2011. Yo ya no participaría directamente en ella.

Recuerdo, con especial cariño, el almuerzo de despedida en un restaurante limeño que organizaron mis amigos José Rivero, ya fallecido, Baldo Kresalja y Max Hernández. Hasta allí llegaron muchos amigos y compañeros de lucha. Recuerdo que nos acompañaron Salomón Lerner y Rafael Roncagliolo, así como el embajador argentino en Lima Darío Alessandro. Me sentí reconfortado por los buenos auspicios de esa despedida.

La decisión de ir a la Argentina

Agosto de 2011 fue un mes muy difícil para mí. Me debatía entre aceptar la oferta de salir al extranjero a un cargo diplomático, quedarme en el Perú en algún puesto de segundo orden o irme a mi casa. Me daba rabia salir afuera. Haber luchado tanto los años anteriores al triunfo de Humala por un gobierno distinto para el Perú para quedar ahora fuera del gobierno. Optar por la retirada, por otra parte, si bien me satisfacía visceralmente, aparecía como una opción prematura frente al grueso del equipo que optaba por quedarse y lo que podrían deparar los próximos meses. Quedarse en el país me atraía y me llegaron a proponer algunas opciones pero parece que no fueron del agrado del poder supremo. Así las cosas, empezamos a considerar las propuestas diplomáticas. Las más importantes que me ofrecieron fueron México y Argentina y opté finalmente por esta última.

El 24 de agosto de 2011 salió la Resolución Suprema que me nombró embajador en la República Argentina y empecé los preparativos para el viaje. Luego me enteraría que fue la única propuesta de embajador político, en el momento de inicio del gobierno, que el presidente Humala le firmaría al canciller Rafael Roncagliolo. Los amigos me entusiasmaron con el destino y yo mismo asumí ese entusiasmo pensando en el vasto

aprendizaje que suponían el cargo y el lugar a donde iba, así como (nadie sabía cómo) la posible vuelta a un gobierno que reasumiera su programa original.

Ese mismo día, al caer la tarde, tuve la satisfacción de una llamada del Embajador argentino en Lima, Darío Alessandro, que me manifestó la satisfacción de su gobierno por mi nombramiento y me comunicó que, cosa muy rara en estos trámites, el gobierno argentino había dado su acuerdo de inmediato.

Me dieron instrucciones el Ministro de Relaciones Exteriores, Rafael Roncagliolo, el Presidente del Consejo de Ministros Salomón Lerner y el propio Presidente de la República Ollanta Humala, quien me pidió que fuera a despedirme a su despacho en Palacio de Gobierno. El tenor de las instrucciones fue similar: que me empeñara en mejorar las relaciones con la Argentina, muy venidas a menos por el anterior gobierno de Alan García; que promoviera la presencia del Perú en Unasur y Mercosur, así como en los organismos derivados de los mismos; y que buscara mejorar la relación comercial, en la que teníamos un agudo déficit con la Argentina. Es importante recordar la dinámica de Unasur en esos momentos que llevó a que con motivo de la toma de posesión del Presidente Humala, en julio de 2011, su homólogo de Colombia Juan Manuel Santos propusiera la creación de un fondo común de reservas para hacer frente a la recesión mundial. Ello llevó, tan pronto como en el siguiente mes de agosto, a la creación del Consejo Sudamericano de Economía, en el marco de Unasur, con la voluntad de diseñar el fondo de reservas, ver otros temas comerciales y financieros e impulsar el Banco del Sur.

Yo agregué a estos encargos el propósito de desarrollar una política de acercamiento cultural para lo cual propuse y obtuve que se nombrara como agregado cultural en la Embajada al Dr. Osmar Gonzales. Estas instrucciones y el propósito cultural

fueron las que guiaron mi acción en los 13 meses que ocupé el cargo. Ellas mismas, paradójicamente fueron finalmente la razón de mi renuncia.

Pasé algunos días en la Cancillería peruana recibiendo información de distintas áreas sobre las relaciones con Argentina, la situación de la comunidad peruana en ese país y la posición peruana frente a los procesos de integración. Me sorprendió, sin embargo, la carencia de una visión de política exterior en lo que me señalaban. En un primer momento lo atribuí al desorden burocrático; luego me daría cuenta que se trataba de una Cancillería muy conservadora sorprendida por un gobierno que, al menos en un principio, se decía progresista. Esto era especialmente relevante en torno a un punto fundamental: la subordinación a los Estados Unidos. Con el paso de los meses ratificaría que ya quedaba muy poco o nada de la impronta de independencia política que marcara Carlos García Bedoya cuarenta años atrás. El caso es que uno de esos primeros días, cuando atravesaba el umbral del Palacio de Torre Tagle, un antiguo embajador de carrera me tomó del brazo y avanzó conmigo unos pasos. Ya en la calle me dijo: “Cúidate, que por aquí todos son fujimoristas”.

II. La relación diplomática

El inicio

Quizás un buen resumen de la impresión que causó mi llegada en la Cancillería argentina y del buen clima político y diplomático que rodeó mi gestión en Buenos Aires, fue la expresión del Canciller Héctor Timerman en la primera reunión que tuvimos. Timerman empezó diciendo: “Con su llegada tenemos ahora una nueva situación política en la relación entre nuestros dos países”. No se trataba de una expresión gratuita sino motivada por las instrucciones que acompañaban mi misión y que repetí en esa reunión: fortalecer las relaciones bilaterales y empeñarme en desarrollar la presencia del Perú en Unasur y Mercosur. Esta aparente sintonía estratégica, aparente digo porque se vería desmentida por el viraje del gobierno de Ollanta Humala, es lo que llevó a centrar el esfuerzo en poner la relación bilateral al más alto nivel y priorizar el empuje de la integración regional por la vía de la integración Comunidad Andina de Naciones (CAN)-Mercosur y la confluencia de este esfuerzo con Unasur.

Fue muy difícil, sin embargo, llevar adelante esta agenda por la superposición práctica de otra agenda que venía de atrás

pero sabía esconderse, en el caso de la Cancillería peruana, y que se manifestaba abiertamente en los casos del Ministerio de Economía y Finanzas, el Ministerio de Comercio Exterior y el Ministerio de Defensa del Perú. De ello, por supuesto, no me daría cuenta de manera inmediata ni en un solo momento. Fue el resultado de muchas y amargas experiencias, así como de la reconstrucción paciente y posterior de los hechos.

Los antecedentes

La relación entre el Perú y la Argentina tiene antecedentes históricos muy importantes que se remontan a las guerras de la Independencia de España. En esa época el Perú recibió la invaluable ayuda de los ejércitos comandados por el general don José de San Martín, que junto con los liderados por Simón Bolívar sellarían la independencia del Perú y América, tras varios años de lucha, en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. A ello se agregó, como detalle, la participación de Roque Sáenz Peña, quien más tarde sería presidente de la Argentina en 1910, en la Batalla de Arica, en junio de 1880, como oficial de las huestes peruanas al mando del coronel Francisco Bolognesi. A este hecho se suma la ayuda que brindara el Perú a la Argentina, durante el segundo gobierno del Arq. Fernando Belaúnde Terry, en la llamada guerra de Las Malvinas contra el Reino Unido en 1982.

Sin embargo, estos antecedentes, que han brindado cimiento a una relación estrecha entre ambos países, se vieron seriamente enturbiados por la venta clandestina e ilegal de armas de Argentina al Ecuador durante el conflicto del Cenepa en 1995. Esta venta fue producto de un complot por parte de un conjunto de altos funcionarios del Estado argentino, que incluyó al presidente de la república del momento, Carlos Menem,

tal como detalló una sentencia judicial de la más alta instancia argentina años atrás. El develamiento de estos hechos llevó a un enfriamiento importante de la relación entre los dos países.

El acercamiento

Por ello, tuvo una especial importancia la visita oficial que realizó Cristina Fernández de Kirchner en marzo de 2010. Allí, la presidenta argentina lamentó lo ocurrido durante el gobierno de Menem y firmó un “Acuerdo de Asociación Estratégica” con el Perú. En ese acuerdo se sentaron las bases de la cooperación económica, educativa, cultural, científica y tecnológica entre la Argentina y el Perú; se reiteró el apoyo del Perú a la causa de Las Malvinas y se condenó el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones. Asimismo, se señalaron trece mecanismos bilaterales de relación, que iban desde los más altos a nivel de presidentes y cancilleres hasta los específicos de cada área de la cooperación. Este Acuerdo de Asociación Estratégica daría un nuevo punto de partida para la reunión en Buenos Aires de viceministros de relaciones exteriores, en noviembre de 2011, en la que se sentaron las bases para el relanzamiento del diálogo político entre ambos países y la reunión en Lima de cancilleres, en agosto de 2012, en la que se aprobaron los Objetivos Prioritarios de la Relación Bilateral y se preparó la Declaración Presidencial a ser suscrita en reunión posterior. En estas reuniones y ya en el gobierno de Ollanta Humala es que se pone el énfasis en la participación del Perú en los mecanismos y acuerdos de integración de Mercosur y Unasur, así como en la propuesta de hacer confluir CAN y Mercosur con Unasur como su expresión política.

Este ciclo concluyó con la visita oficial del Presidente Ollanta Humala a la Argentina el 27 de noviembre de 2012,

como culminación de más de un año de trabajo diplomático, pero que ocurriría pocos días después de mi alejamiento de la Embajada Peruana en Buenos Aires.

El diferendo comercial

Las dificultades de la relación con Argentina se manifestarían sobre todo en el caso del diferendo comercial. Se trataba del agudo desbalance en el intercambio comercial entre el Perú y la Argentina. El promedio del mismo en mis trece meses de gestión fue de 8 a 1 a favor de Argentina. Aproximadamente 1,600 millones de dólares que la Argentina le vendía al Perú versus 200 millones que el Perú le vendía a la Argentina. La exportación de Argentina al Perú consistía básicamente de granos: trigo, maíz y soja; es decir, satisfacía una cultura alimenticia que tiene componentes muy importantes en el pollo que come maíz, el pan blanco y los fideos. La exportación del Perú a la Argentina era principalmente gasolina de avión, en realidad el negocio interno de una gran corporación petrolera entonces bien establecida en el Perú y la Argentina; asimismo, estaba en importante crecimiento la exportación de textiles, como un rubro de la exportación no tradicional peruana. Cambiar esta balanza comercial deficitaria para el Perú no era, ciertamente, un problema coyuntural, como pretendían algunos, sino un problema estructural de larga data y que tenía que ver con hábitos alimenticios no muy saludables pero largamente establecidos en la población peruana.

La Argentina como parte de un modelo que combina el crecimiento hacia adentro con la exportación de materias primas agropecuarias, distinto al peruano que se basa en la exportación de materias primas minerales para el mercado mundial, tenía un conjunto de controles a las importaciones. Estos con-

troles suponían un retraso en el ingreso de alguna mercadería peruana, muy pequeño en relación al total pero muy grande para el oligopolio de medios de comunicación de derecha en el Perú. Cuando llegué, en octubre de 2011, el retraso sumaba aproximadamente 8 millones de dólares en mercancías, alrededor del 4% del total, cuando me fui, trece meses después, era alrededor de 500,000 dólares, lo que alcanzaba al 0.25% de nuestras exportaciones a la Argentina. La gestión en materia comercial fue un rotundo éxito, pero la mayor parte de los medios peruanos se esforzaron por contar una historia opuesta.

La mayor fluidez del comercio se debió a la persistente labor que desarrolló el personal de la embajada, tanto diplomático como no diplomático. Entre estos últimos cabe mencionar a Jorge Ramos y Ariela Ruiz Caro. Pero también tuvimos aliados muy importantes en el gobierno argentino. Una persona fundamental fue Rafael Follonier, asesor de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner para asuntos internacionales, especialmente con los países de Unasur. Rafael fue invaluable para nuestras gestiones y para llegar, en dos oportunidades, con el tema a la Presidenta quien ayudó de manera decisiva al Perú.

Sin embargo, hay dos anécdotas que ilustran muy bien esta situación y cómo se manipuló políticamente. Ambas tienen que ver con la actuación de José Silva Martinot como ministro de Comercio Exterior y Turismo en la época. El entonces ministro visitó la Argentina a los pocos días de yo haber llegado y lo acompañé a una visita con la entonces ministra de Industria y Comercio de ese país, la señora Débora Giorgi. Le señalé a Silva Martinot la diferente posición sobre comercio exterior de la Argentina y en especial le pedí que no mencionara la posibilidad de compartir con Argentina lo que se creía eran los beneficios de los TLCs por la distinta posición argentina al respecto. El encuentro fue uno de los más borrascosos de mi

corta gestión diplomática. Empezó la ministra argentina, con especial mal gusto, leyendo las declaraciones del vice ministro de comercio exterior del Perú a un diario peruano que exageraban, como siempre, el deterioro de la relación comercial con la Argentina, y dijo que estas no eran un buen auspicio para la visita. Respondió Silva Martinot en el mismo tono agresivo que su contraparte sobre el estado de la relación comercial y terminó ofreciendo –precisamente lo que le había pedido que no hiciera– los TLCs firmados por el Perú como una vía para la “salida” del comercio argentino a otras regiones del globo. Indignada Débora Giorgi le señaló al ministro peruano que los TLCs era un camino a la pobreza y que ella lamentaba pero respetaba la decisión peruana de firmarlos. A renglón seguido le explicó al ministro peruano la teoría del intercambio desigual que señala que los países exportadores de materias primas venden productos cuyos precios tienden a la baja y los países industrializados, al contrario, venden productos manufacturados cuyos precios tienden al alza y que Argentina estaba empeñada en esto último. Traté de consensuar algunos puntos pero el incendio estaba desatado y poco se logró en esa reunión. Para terminar, el ministro peruano con los empresarios que había traído en su delegación, me señalaron que debía liderar las quejas de los empresarios argentinos contra su gobierno sobre el tema, despropósito frente al cual reaccioné señalando que ese no era mi papel como embajador y que pondría especial cuidado en no meterme en asuntos argentinos, tal como lo hice de principio a fin de mi encargo diplomático.

Pero la segunda anécdota es quizás más dramática y significa un mayor fiasco político que la primera. A mediados del año 2012 se produjo una visita del canciller argentino Héctor Timerman a Lima, en preparación de la visita que a fin de ese año haría el presidente Ollanta Humala a la Argentina. El pro-

grama incluyó una visita de Timerman al presidente Ollanta Humala en Palacio de Gobierno. A la visita acudimos, si la memoria no me falla: los cancilleres Héctor Timerman y Rafael Roncagliolo, los embajadores Claudio de la Puente del Perú y Darío Alessandro, embajador argentino en Lima, así como el embajador Diego Tetamanti encargado de América Latina en la cancillería argentina y el que esto escribe. Sorpresivamente nos encontramos, no solo con el presidente Humala, sino también con el ministro de Comercio Exterior José Silva Martinot. Sorpresivamente digo, porque después de la reunión el canciller Rafael Roncagliolo me señaló que él no estaba al tanto de la asistencia de Silva a la reunión. El caso es que luego de las palabras iniciales del presidente Humala y de la respuesta formal de Timerman, el ministro Silva Martinot tomó la palabra, se paró (cosa extraña en una reunión entre pocas personas) y se lanzó una filípica contra la política comercial argentina, en un tenor agresivo y plagado de exageraciones e inexactitudes. Acto seguido tomó la palabra Timerman y le dijo que él también podría decir muchas cosas desagradables de los migrantes peruanos en Buenos Aires, pero que esa no era una buena manera de entablar un diálogo constructivo con el Perú. Quiso replicarle Silva pero intervino el presidente Humala y le dijo que no había nada en discusión. La reunión terminó luego de algunas otras intervenciones y todos –salvo Humala y Silva que se quedaron en el salón– salimos consternados de esa visita a Palacio. Hasta ahora no termino de entender cuál era el juego de Humala al permitir la presencia de Silva e –indirectamente– auspiciar semejante comportamiento.

Pero también hubo una campaña periodística sostenida en los medios de comunicación ligados al grupo *El Comercio*, así como los diarios *Correo* (todavía con otros dueños) y *Expreso*. Una campaña que se puede resumir en el titular de alguno de

estos medios que un día señalaba “No hay comercio con la Argentina”, recogiendo la declaración del directivo de un gremio empresarial peruano. Llamé por teléfono y hablé en más de una oportunidad con dirigentes de la Asociación de Exportadores (Adex), la Cámara de Comercio de Lima y de la Sociedad de Comercio Exterior del Perú (Comex), para señalarles el daño que el tipo de declaraciones que estaban dando hacía, no sólo a las gestiones por mejorar la situación, sino al conjunto del comercio con la Argentina que en su gran mayoría no estaba afectado. El caso que me hicieron fue nulo y curiosamente la campaña cesó solo cuando salí de la embajada en Buenos Aires.

El incidente de la fragata inglesa

A mediados de marzo del 2012 la fragata de la armada inglesa “Montrose” se acercaba a las costas peruanas con la intención de atracar en el puerto del Callao, para una visita que debía llevarse adelante entre el 22 y el 26 de marzo de ese año. El 21 de marzo el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú canceló esa visita. El Perú, por su solidaridad con la causa argentina de reivindicar las islas Malvinas y por los compromisos que había asumido como miembro de Unasur, estaba comprometido a no permitir que ningún barco de guerra inglés que hubiera estado en la zona de Las Malvinas tocara la costa peruana. Empero, la cancelación de la visita motivó una reacción inglesa que a través de dos comunicados señalaron como desafortunada y poco amistosa la decisión peruana. Asimismo, desató también las iras de la derecha, especialmente en el Congreso, que motivó citaran al canciller Roncagliolo a la Comisión de Relaciones Exteriores para que diera explicaciones. A la par, se dio una violenta campaña periodística contra

la decisión de no dejar atracar a la fragata inglesa. El blanco de la campaña fueron Roncagliolo y la membresía peruana en Unasur, que empezó a ser abiertamente cuestionada.

Sin embargo, la visita de la fragata inglesa había sido autorizada por el Congreso peruano en febrero de 2012, a pedido del Poder Ejecutivo, específicamente del Ministerio de Defensa. De allí que Alberto Otárola, ministro de Defensa en el momento, dijera que la visita no había sido cancelada sino suspendida. Había responsabilidad entonces del gobierno y alguna razón para la sorpresa inglesa. Pero, parece ser que en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú “no se habían dado cuenta” del tema o del escándalo que se podía suscitar. Una vez que el asunto salió a la luz recién habrían visto la necesidad de una respuesta peruana con la publicidad que esta tuvo. Esto no significaba que en Torre Tagle no estuvieran tomando sus previsiones. De hecho, el asunto se había conocido en una reunión de Unasur en Asunción, Paraguay, el 17 de marzo, donde se reiteró la solidaridad del organismo con la Argentina en el tema de Las Malvinas. Allí, ya sabían del trayecto de la fragata inglesa y de la intención de esta de atracar en puerto peruano, pero se había decidido actuar con discreción, impidiendo que llegara la fragata pero evitando el escándalo correspondiente. Parece ser que el asunto lo destapó en todas sus aristas un artículo publicado en el diario *Ámbito Financiero* de Buenos Aires, del domingo 18 de marzo. En ese artículo titulado “Se fisura Unasur: Perú se acerca al Reino Unido” y firmado por Carolina Barros, se cuenta el tema, se destaca la autorización del Congreso peruano y se sugieren las corrientes contrarias a Unasur que recorren el gobierno de Humala y la política peruana. De allí en adelante Torre Tagle actuó pero bajo fuego nutrido de los adversarios

de Unasur, ya sin la discreción que Roncagliolo había intentado en un primer momento.

De las fuentes que logré consultar en Buenos Aires, todas coincidían en que se había tratado de una cuidadosa operación de inteligencia que había tenido a la fragata inglesa como elemento provocador, pero cuyo objetivo era dañar el esfuerzo de acercamiento del Perú con la Argentina y empezar a distanciar al Perú de Unasur. Operación de inteligencia de quién es lo que habría que preguntarse. Los ingleses, lógicamente eran materia dispuesta por su largo conflicto con Argentina por las Malvinas, pero parecen haber habido otros operadores más cercanos que incluían cómplices dentro del Estado peruano. De lo contrario, ¿cómo logran que el Congreso apruebe una autorización de ingreso de la fragata de la que el propio Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú no se había dado cuenta o a la cual no le había dado la debida importancia? Las operaciones de provocación que buscan motivos ulteriores suelen seguir el guión descrito, tal como pude observar tiempo más tarde al recomponer las piezas del hecho.

El incidente de la fragata fue para mí un campanazo sobre los grandes intereses en juego que habían en torno a la relación bilateral entre el Perú y la Argentina y a la pertenencia del Perú a Unasur. Asimismo, fue una brusca reiteración de las cartas que estaban dispuestos a jugar los que en el Perú y en América del Sur se oponen a las buenas relaciones del Perú con la Argentina y al despegue de Unasur. Me encontré de manera muy clara en un momento en que mi actuación personal se empezaba a cruzar, directamente, con intereses geopolíticos de mucho más largo alcance. Esto fue una introducción a lo que vendría después.

La sesión de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado argentino

Algunas semanas más tarde me llamó quien entonces era el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado argentino, el senador Daniel Filmus. Me propuso, dado el importante papel que había tenido el Perú en la solidaridad de la lucha argentina por las islas Malvinas, desarrollar una sesión conjunta de la comisión que presidía con los embajadores latinoamericanos en la embajada del Perú. Me pareció un hecho muy significativo tanto para el afianzamiento de la relación bilateral como para la solidaridad regional con la causa de Las Malvinas. Comunicué el asunto inmediatamente a la Cancillería y al Congreso peruano en la persona de su presidente en ese momento, Daniel Abugattás. Luego de muchas gestiones contamos solamente con la presencia del parlamentario andino Alberto Adrianzén. Sin embargo, a la reunión almuerzo que se organizó en la embajada del Perú, acudieron diez senadores argentinos y una docena de embajadores latinoamericanos. Un hito para nuestra legación en Buenos Aires.

La reunión de Unasur en Mendoza

El 29 de junio de 2012 se produjo en Mendoza, Argentina, la reunión de presidentes de Unasur. En la agenda habían dos puntos relevantes: el Perú debía asumir la Presidencia Pro Tempore y se debía tratar la situación de Paraguay, donde acababa de producirse un golpe de Estado parlamentario contra el presidente Fernando Lugo.

Viajé a Mendoza con la ilusión de conversar con el presidente Ollanta Humala y plantearle los problemas que observaba en el gobierno. Llegamos con alguna anticipación, tam-

bién lo hizo el entonces canciller Rafael Roncagliolo y al día siguiente fuimos a recibir al aeropuerto al presidente Humala. Como embajador me tocó subir al avión a darle la bienvenida al presidente. Desde un primer momento, cuando el presidente Humala me vio, me dijo que yo era la persona que más conocía en el lugar, me pidió que permaneciera con él y le hiciera un resumen de la situación y de la agenda de la reunión. Seguí con el presidente en el aeropuerto, el vehículo oficial y posteriormente en la habitación que le habían asignado. Estuvimos juntos y a solas durante algo más de una hora. Tuve oportunidad de referirme a la reunión de Unasur, la situación de la Argentina y la experiencia diplomática que estaba teniendo. Le referí la manipulación que veía del diferendo comercial, las dificultades que observaba en cumplir con sus directivas de promover la participación en Unasur y, un tema que le preocupaba en especial, lograr la participación del Perú en el Banco del Sur. Le dije del poco entusiasmo que veía en la Cancillería peruana, no en el canciller Roncagliolo, por Unasur y de la indiferencia, si no desprecio, que sentía en los funcionarios del Ministerio de Economía y Finanzas del Perú que venían a las reuniones de temas económicos y financieros que tuvieran que ver con Unasur, Mercosur y, especialmente, el Banco del Sur. Se mostró sorprendido, me dijo que insistiera en sus instrucciones de apoyar Unasur y el Banco del Sur y que dijera, si se daba el caso, que esas eran instrucciones que me había dado el presidente de la República. Le señalé también mis dudas sobre el camino que tomaba el gobierno luego de la salida del gabinete Lerner y cuando estaba argumentado me cortó y me dijo que ése era el problema con nosotros los izquierdistas, que queríamos las cosas muy rápido y que no se podía, pero se reafirmó en que él estaba en el camino original y que los cambios se iban a producir. Me invitó, además, a acompañarlo en

la reunión cerrada con los otros presidente de Unasur. Se despidió preguntándome por mi hija Jimena y me dijo que debía convencerla de que me acompañara en Buenos Aires. Creo que salí más confundido de lo que entré a la reunión con Humala y recuerdo que se terminó porque entró Roncagliolo al ambiente donde conversábamos y nos señaló la premura que había para iniciar la reunión de presidentes de Unasur. Bajando en el ascensor le referí brevemente a Roncagliolo la conversación y mi confusión. “¿Qué te pasa? –me dijo– si aquí los únicos izquierdistas que quedan somos tú y yo”.

Entrar a la reunión cerrada de presidentes de Unasur fue, en sí misma, una experiencia de vida que no creí iba a tener. Estuvieron varias horas reunidos los presidentes de Argentina Cristina Fernández de Kirchner, de Brasil Dilma Rouseff, del Perú Ollanta Humala, de Bolivia Evo Morales, de Ecuador Rafael Correa, de Uruguay José Mujica, de Chile Sebastián Piñera, la Canciller de Colombia María Angela Holguín y el, en ese entonces Canciller, Nicolás Maduro de Venezuela (pero que nos daba la impresión de hablar cada cinco minutos con Chávez por celular). Habrían además otros veinte funcionarios entre cancilleres y asistentes de las delegaciones involucradas. El primer punto fue la toma de posesión de la Presidencia Pro Tempore del grupo por parte del Perú, en la persona de Ollanta Humala. Luego vino la discusión sobre la situación del Paraguay y la actitud a tomar por Unasur. Habían dos posiciones: la de Venezuela, Bolivia y Ecuador; que buscaban sanciones y que se suspendiera temporalmente al Paraguay del grupo, y la de Chile, apoyada por Colombia, que se contentaba con una llamada de atención. En estas condiciones Brasil y Argentina fueron construyendo una posición intermedia que decidió la suspensión temporal hasta que se celebraran elecciones pero

sin aplicar sanciones, así como la creación de un grupo de seguimiento a la situación.

Fue triste la actuación del presidente Humala en la reunión, en la que se limitó a dirigir los debates sin aportar algún punto de vista. Si no hubiera sido por Rafael Roncagliolo, de gran manejo en estas circunstancias, el Perú habría brillado por su ausencia. Me impresionó la personalidad de Dilma Rousseff, su capacidad de liderazgo y su precisión conceptual, pero debo señalar que Sebastián Piñera no se quedó atrás mostrando una enorme capacidad para argumentar sus puntos de vista e introducirlos en los sucesivos textos que se redactaban. Por último, las dotes jurídicas de Cristina Fernández, encontrando la base legal para lo que proponía en el derecho internacional y en lo ya actuado por Unasur, me parecieron también relevantes. La moderación de Maduro, luego de una dureza inicial, permitió darle una salida a la reunión, en el entendido que una falta de acuerdo favorecería a los golpistas paraguayos. Recuerdo un intercambio con Rafael Correa en un intermedio de la reunión. Estaba caminando y me interpeló el presidente del Ecuador, al que me habían presentado minutos antes: “Lynch tú que eres rojo ¿qué crees que se debe hacer? Aprobar la resolución de compromiso –le dije– porque sino ganan los gringos”. Me sonrió y seguí mis pasos.

Esta reunión de Unasur fue uno de esos momentos en lo que uno vuelve a tener la ilusión de que las cosas pueden ser diferentes. Ver y escuchar a los presidentes progresistas de América del Sur contrastar sus argumentos con el ala de derecha en la región, a pesar de sufrir en silencio por la pobreza de la representación peruana, me hizo tener esperanza, una vez más, en el futuro de mis convicciones. Esos días, sin embargo, se verían perturbados por una pérdida personal que me anunciaron por el teléfono.



Entrega de las Cartas Credenciales a la Presidenta Cristina Fernández de Kichner.



El autor en el despacho de la Embajada Peruana en Buenos Aires.



*Con el personal civil y diplomático de la Embajada Peruana
en Buenos Aires*



Con antiguos exiliados en ceremonia de agradecimiento al Perú



Dirigiendo la palabra a un grupo de compatriotas



En la puerta de la Embajada Peruana en Buenos Aires.

La celebración del 28 de julio

Tuve el honor de encabezar la celebración del 28 de julio el año 2012 en Buenos Aires. El primer esfuerzo fue confeccionar la lista de invitados para la recepción en la embajada. El tema me despertaba curiosidad. Pocos días antes de dejar Lima recibí la llamada de un amigo, de ideas más bien conservadoras y con importantes contactos en las clases altas de la Argentina. Me felicitó por la designación y acto seguido me dijo: “Te quiero pedir un favor”. Supuse que sería algún encargo o saludo que quería llevara a Buenos Aires, pero no, me dijo: “Quiero que cuides la lista de invitados de la Embajada Peruana para la celebración de 28 de julio. No la cambies mucho por favor, porque ha costado mucho tiempo hacerla y reúne a un connotado grupo de amigos del Perú en la Argentina”. Sin embargo, eran tantas las demandas que me olvidé del asunto de la lista hasta que llegó el momento de organizar la celebración. Pedí lo que había y lógicamente me acordé del pedido de mi amigo. Revisé la relación y efectivamente, además del cuerpo diplomático, había una relación importante de dobles apellidos especialmente sonoros que me llamó la atención, además de muy pocos invitados del gobierno argentino del momento, algún ministro y casi ningún parlamentario. Asimismo, una ausencia casi total de los dirigentes de la comunidad peruana en Buenos Aires. Inmediatamente sugerí correcciones en ambos sentidos, invitar a miembros prominentes del gobierno, de la oposición, líderes de opinión y periodistas; así como a los dirigentes de todas las organizaciones peruanas inscritas en el consulado. Pude notar la resistencia del personal diplomático, sobre todo a lo segundo, pero creo que tuvimos ese 28 de julio en Buenos Aires una celebración del día patrio lo más plural posible.

Las resistencias al tipo de gobierno que tenía la Argentina, el gobierno peronista encabezado por Cristina Fernández de Kirchner, eran notorias entre los diplomáticos peruanos, más en la Cancillería que en el personal en Buenos Aires que lógicamente era cauto al respecto. Estas resistencias se debían tanto al tipo de políticas que implementaban los peronistas como a la base social que expresaban. Recuerdo haber señalado, en privado, esta observación a un congresista peruano que visitó la embajada en esos días. Él me refirió que de pequeño había ido a Buenos Aires, en los años cincuenta, poco antes de que cayera Perón, invitado por un tío que ocupaba el cargo de embajador del Perú en la época y que había pasado algún tiempo de vacaciones en la misma casa en que ahora conversábamos. Pero que recordaba el marcado ambiente anti gubernamental, anti gobierno de Perón, que se respiraba en el lugar. Me pregunté, luego de esta conversación, si el antiperonismo, como una posición oligárquica que obviamente es, no se habría quedado en la memoria de la Cancillería peruana y seguiría condicionando actitudes.

La celebración en la embajada estuvo precedida por un acto protocolar en el monumento al General San Martín, frente a la Cancillería argentina. Allí pronuncié un discurso (adjunto a este texto) donde señalé una interpretación de la independencia peruana poco oída en este tipo de actuaciones. En los días y meses anteriores a la celebración de 28 de julio me habían visitado en diversas oportunidades los miembros del Instituto Sanmartiniano, una institución cuya sede queda muy cerca de la embajada y que, como su nombre lo indica, se dedica a preservar la memoria y promover los estudios sobre la figura del General José de San Martín. Noté que deseaban tener un rol protagónico y casi monopólico en las relaciones culturales que desarrollaba la embajada por lo que no les hice mucho caso.

En una de esas reuniones uno de los miembros que estaba de visita me preguntó cuál era mi posición en el debate sobre la independencia del Perú, si yo era sanmartiniano o bolivariano. Le contesté que puesto en esa disyuntiva me consideraba tupacamarista. Siguiendo esa línea de pensamiento desarrollé el discurso sobre el día de la independencia peruana frente al monumento del General San Martín. En él señalé la importancia de las vertientes indígena y mestiza en la lucha por la independencia y, particularmente el papel de la insurrección de Túpac Amaru y el impacto de la derrota sobre la emancipación posterior. Cuando terminé me miraron muy serios los señores, buena parte generales en retiro del Ejército argentino, pero tuve la felicitación efusiva de varios embajadores latinoamericanos, especialmente los andinos.

Sin embargo, no hubo nada tan satisfactorio como tomar la palabra para dirigirme a la colonia peruana concentrada en la Plaza de Mayo para celebrar también aquellas Fiestas Patrias, fue el 29 de julio de 2012 y según la Policía Federal Argentina eran aproximadamente treinta mil compatriotas. No solo era un espectáculo al que acudía la multitud sino una feria organizada por distintas agrupaciones peruanas con la colaboración del consulado en el centro mismo de la ciudad de Buenos Aires. Me sorprendió el número y el fervor de la gente aquel domingo de invierno de 2012. Recuerdo, por algunos apuntes que conservo, que me referí a la larga amistad peruano-argentina, a los hitos que ésta había tenido, a cómo había evolucionado el perfil de la migración y a las promesas –hasta ahora mayormente incumplidas– que había hecho el presidente Ollanta Humala, para que los peruanos en el exterior estuvieran mejor atendidos y conservaran un lazo más estrecho con la patria. Terminé mi intervención señalando las responsabilidades que teníamos los peruanos en el exterior, en especial los migrantes

con el país que los acogía. Recuerdo haber bajado del escenario y avanzado varias cuerdas a pie, saludando a los compatriotas, hasta casi llegar a la Av. 9 de julio.

La labor cultural

Uno de los objetivos de mi estadía diplomática en Buenos Aires fue darle un especial impulso a la labor cultural. Para ello le pedí a Osmar Gonzales, que había sido sub director de la Biblioteca Nacional del Perú y era en 2011 director de la Casa José Carlos Mariátegui, que me acompañara como agregado cultural. Desde un primer momento determinamos juntos que el objetivo principal de la gestión cultural era acercar a las comunidades académicas e intelectuales del Perú y la Argentina. En algún sentido cambiar el énfasis gastronómico, arqueológico-turístico y folclórico que suele tener la presentación de la cultura peruana por uno más intelectual y creativo. Ello supuso un esfuerzo extraordinario, tanto para llevar expositores de primer nivel como para entrar en contacto con líderes de opinión intelectual de la comunidad argentina que permitieran este intercambio.

Empezamos con una actividad heredada, una exposición del pintor Ricardo Wiesse en el senado argentino, que continuó con una magnífica conferencia sobre la pintura peruana en el local del consulado. Asimismo, realizamos ocho conferencias-debate magistrales a las que vinieron desde el Perú: Luis Nieto Degregori, Víctor Andrés García Belaúnde, César Germaná, Rodrigo Montoya y Jorge Nieto; para tratar sobre José María Arguedas, Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Asimismo, García Belaúnde, con documentación inédita, expuso en el auditorio de

la Cancillería argentina, sobre la ayuda del Perú a la Argentina en el conflicto bélico por las islas Malvinas. De igual manera, empezaron las conversaciones para establecer convenios de cooperación cultural entre las bibliotecas nacionales de ambos países y para la creación de un programa de estudios sobre el Perú en la Universidad Nacional Tres de Febrero.

Pero tal vez lo más importante fueron dos actividades protagonizadas por dos ilustres profesores de San Marcos, la primera por César Germaná y la segunda por Rodrigo Montoya, para patentizar el giro que se buscaba dar a la labor cultural de la embajada. En el caso de César Germaná, fue la mesa redonda que desarrolló en el auditorio del Museo del Libro y la Literatura, el viernes 8 de junio de 2012. El tema fue “El legado de Mariátegui en la política latinoamericana” y Germaná estuvo acompañado en la mesa por Horacio González, Director de la Biblioteca Nacional de Argentina y por el historiador Carlos Altamirano. Rara vez he escuchado en mi largo camino mariateguista una reflexión de esa calidad, tal vez respaldada por las múltiples ediciones de los *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* publicadas en la Argentina. Me impactó de manera especial la intervención de Altamirano, quizás por su referencia a José Aricó y su conocido ensayo sobre Mariátegui, tan cercano a los que nos iniciamos en las ciencias sociales y en el pensamiento sobre el Amauta en la década de 1970.

La otra fue la conferencia que realizó Rodrigo Montoya en la Casa Nacional del Bicentenario el 19 de julio de 2012 titulada “La importancia de José María Arguedas en la cultura peruana”. Rodrigo Montoya empezó diciendo que la letra de las canciones que en su niñez había escuchado en su natal Puzo en Ayacucho, eran las mismas que se podían escuchar en el norte argentino, porque eran las letras que llevaban en sus alforjas los arrieros que habían hecho el comercio entre los dos

territorios desde la época colonial. La audiencia lo interrumpió y lo aplaudieron durante varios minutos de pie.

En ambos casos las exposiciones fueron ante auditorios llenos y con repercusión de los interesados en la escena local. Lo importante es que se empezaban a poner en contacto dos comunidades intelectuales históricamente poco relacionadas y esto se hacía llevando a Buenos Aires a intelectuales peruanos de primer nivel, profesores en los casos señalados de una universidad pública como San Marcos.

La repatriación de bienes del patrimonio cultural capturados en Argentina

Un tema que tomó también una parte importante de la labor diplomática fue la gestión de repatriación de los bienes del patrimonio cultural que habían sido capturados por la Policía Federal Argentina y cuya posesión había sido judicializada porque las personas que los habían tenido en su poder argumentaban propiedad sobre los mismos. Este era un proceso que al momento de llegar a la embajada tenía ya más de once años de iniciado. Sin embargo, el esfuerzo valía la pena porque se trataba de 3,898 piezas arqueológicas, mayoritariamente preincas, que ya habían sido adecuadamente identificadas como peruanas y que en un 95% son consideradas “museables”, es decir pasibles de ser exhibidas en un museo. Luego de distintas idas y venidas judiciales, con cambios de abogado de por medio, logramos dos sentencias, en noviembre de 2011 del Juez de Primera Instancia Daniel Rafecas y en setiembre de 2012 la Sala Primera de la Cámara Nacional de Apelación que confirmó el fallo de Rafecas y ordenó la devolución de las piezas al Perú. Empero, los imputados presentaron recursos de

casación contra la sentencia retrasando la entrega de los bienes señalados al Perú.

Una muestra de cómo se había tratado el tema en la embajada peruana era el abogado que se había contratado para el efecto. Una sola anécdota da cuenta del asunto. A los pocos días de llegar pedí me pusieran en contacto con tal abogado, por lo importante que era para el presupuesto de la embajada los honorarios que se le pagaban, a pesar de los pocos resultados que se habían obtenido después de una década. Puesto al teléfono el señor me invitó para el sábado siguiente a su “cantry” (por la palabra inglesa country) que es como los argentinos llaman a las casas suburbanas que quedan dentro de espacios amurallados. Me dijo que era para que asistiera a un concierto lírico luego del cual podíamos tratar el asunto. De inmediato, le respondí que no me parecía adecuado y que lo esperaba más bien el lunes a las 10 de la mañana en mi oficina de la embajada.

Los embajadores latinoamericanos

Había un número importante de embajadores latinoamericanos, aproximadamente dieciocho, que manteníamos una relación regular a través del denominado Grupo Latinoamericano (GRULA), con almuerzos que se desarrollaban en diferentes embajadas aproximadamente cada dos meses. Esta actividad nos permitió conocernos y desarrollar un intercambio con fluidez a favor de nuestra actividad diplomática. Recuerdo los viajes que llevamos adelante un grupo importante de estos a las ciudades de Mendoza, Tucumán, San Juan y Bariloche, ya sea invitados por el gobierno federal o los gobiernos provinciales, lo que me permitió conocer una Argentina provinciana, rural y mestiza, y en algún caso, como fue el de Tucumán,

muy cercana en sus características a la sierra del Perú. Una imagen distinta ciertamente del Gran Buenos Aires poblado por migración europea que es la asociación inmediata que se hace con la Argentina.

La relación fue más afín con algunos de ellos, en especial por su cercanía al Perú, como fue el caso de los embajadores de los países andinos Carlos Martínez de Venezuela, Carlos Rodado de Colombia, Wellington Sandoval del Ecuador y Leonor Arauco de Bolivia; pero también con Enio Cordeiro del Brasil un permanente interesado en los sucesos peruanos y Oscar Menjívar de El Salvador, con quien tuvimos muchas historias comunes que contarnos. Con el embajador de Chile Adolfo Zaldívar, a pesar de los grandes esfuerzos que hice, no fue posible establecer una relación personal. Lo visité al poco tiempo de llegar para saludarlo pero nunca devolvió el saludo y siempre mandaba a su segundo a las reuniones en la embajada peruana.

Me sorprendió el interés de la presidenta Cristina Fernández por nuestra asistencia a la Casa Rosada cada vez que tenía que hacer un anuncio importante y la especial deferencia que tenía con el Perú. En la mayor parte de los casos el Perú tenía un sitio reservado en primera fila, junto con Brasil y Uruguay, y las ocasionales menciones a nuestro país siempre estaban cargadas de un especial afecto.

Otra pincelada de este mundo diplomático al que era extraño. Una noche me encontraba en una recepción en la embajada de Austria por su día nacional a los pocos días de haber llegado. Sin conocer a muchas personas me acerqué a un grupo de embajadores latinoamericanos que conversaban entre ellos. De repente apareció un sujeto que se presentó como diplomático de los Estados Unidos y me interpeló directamente: “¿Y su gobierno ya decidió ser amigo o enemigo de los Estados

Unidos?” Uno de los embajadores latinoamericanos que estaba a mi costado me apretó el antebrazo izquierdo, lo que me permitió tomar aire y contestarle: “El Perú señor, desarrolla sus relaciones internacionales en base a principios”, luego de lo cual el sujeto se dio media vuelta y se fue. Al verme sorprendido los presentes me dijeron que había que tener cuidado porque aquel personaje era conocido como un provocador. Todo esto a pesar de que la embajadora de los Estados Unidos en la época era una señora que parecía experimentada y de buen castellano, además que se movía con desenvoltura cada vez que la ví. La Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, sin embargo, no era una embajada que tuviera la importancia que tiene su símil en el Perú. No era nombrada frecuentemente como una referencia en las conversaciones y el brillo de su edificio parecía, efectivamente, de otra época. Comentamos incluso esto con otros embajadores latinoamericanos en cuyos países Estados Unidos había quitado y puesto presidentes durante décadas y en los cuales todavía mantenía una presencia significativa.

Por último, una solidaridad final. Luego de mi renuncia y estando en Buenos Aires me contactó uno de los embajadores latinoamericanos más amigos, Oscar Menjívar me parece y me pidió conversar. Me dijo que había un grupo dentro del GRULA que deseaba tener una reunión conmigo para que les contara mi versión sobre lo que había pasado. Me reuní en la casa de uno de ellos, serían siete u ocho los asistentes y les expuse el incidente que llevó a mi renuncia. Se quedaron sorprendidos y me dieron un abrazo final que sentí como un especial desagravio.

La labor del consulado y la colonia peruana

La labor consular tiene particular relevancia en la Argentina por la cantidad de compatriotas que viven en ese país, que en el año 2012 se calculaba en aproximadamente 350,000 peruanos. Igualmente el Consulado General del Perú en Buenos Aires es considerado, individualmente, uno de los consulados que atiende a más peruanos en el mundo, aproximadamente unos 250,000. Esto incluye algo más, en ese año, de 80,000 compatriotas que estaban inscritos en el Registro Electoral, lo que hace de Buenos Aires una de las ciudades fuera del Perú con una mayor colonia peruana. Si bien no es el único consulado, hay otros tres en La Plata, Mendoza y Córdoba, es largamente el más importante. Ciertamente, la colonia peruana ha tenido una evolución importante en las últimas décadas. No se trata ya de una migración principalmente de estudiantes y profesionales de clase media como ocurrió hasta mediados del siglo XX, sino de una migración mayoritariamente de peruanos pobres provenientes del campo y de la región andina, que viajan a la Argentina por razones económicas, para aprovechar las mejores condiciones económicas y sociales existentes en ese país. Argentina es un país generoso con la migración peruana y tal como lo señalan sus leyes permite que a los seis meses de llegado un peruano pueda tener residencia legal en ese país. Es difícil, sin embargo, la integración al mercado laboral formal y es común observar o saber de peruanos dedicados a labores en la economía informal y sumergida, ya sea como vendedores ambulantes en las calles o en talleres clandestinos en los que, muchas veces, laboran sin protección social alguna.

Me interesé desde un primer momento por la suerte de nuestros compatriotas en la Argentina y en especial en Buenos Aires. Uno de los primeros días de mi labor como em-

bajador visité el Consulado del Perú en Buenos Aires, que si bien no depende directamente de la Embajada sí forma parte de la Misión Diplomática en la Argentina. Pude observar de primera mano el esforzado trabajo que realizan los funcionarios para atender a nuestros compatriotas y las múltiples dificultades que se presentan. Al tratarse de una población de escasos recursos los peruanos no solo se acercan a solicitar servicios consulares propiamente dichos, relativos mayormente a la emisión, renovación o certificación de documentos, sino también a pedir ayuda de diverso tipo por su precaria situación en el país. Eso hace que muchas veces la demanda rebase las posibilidades de ofrecer servicios adecuados con las tensiones consiguientes. Por lo demás, la Cancillería peruana ha hecho en los últimos años esfuerzos muy significativos por mejorar sus servicios consulares y los recursos que dedica a ello. Sin embargo, todavía se puede notar la distancia que hay entre la oferta de los servicios consulares y la demanda por los mismos, debido a la ingente población migrante y a las distancias que, a pesar de todo, se mantienen con la misma.

Tuve una relación constante con las organizaciones peruanas en la Argentina que no cesaron de visitar la Embajada en diversas oportunidades. Desde organizaciones sociales y culturales, hasta organizaciones de comerciantes y pequeños empresarios de diversos lugares, incluyendo también a las organizaciones de pobladores de las denominadas “villas”, similares a nuestros asentamientos humanos. De igual forma con los partidos políticos, recuerdo la visita de representantes del Partido Aprista y Acción Popular, personas de antigua residencia en la Argentina, así como del Partido Nacionalista y Tierra y Libertad, que también se encontraban organizados en la ciudad. Mucho les insistí en que trabajaran unitariamente por los intereses de la comunidad peruana en su conjunto, dada

la fragmentación que observaba en sus actividades. Mantuve, sin embargo, una prudencial distancia tanto de las organizaciones sociales como de los partidos, a pesar de que en repetidas oportunidades me invitaron a que me involucrara en su vida interna. Recuerdo la insistencia de un grupo de dirigentes comunitarios que me pidieron que mediara para que hubiera una sola organización o frente que los agrupara. Les dije que ese tipo de actividad no me correspondía y que debían ser ellos los que la llevaran adelante. De igual forma, un grupo de dirigentes del Partido Nacionalista en Buenos Aires, quizás por mi calidad de embajador político nombrado por el gobierno de turno, me pidieron también que interpusiera mis buenos oficios para que los diversos grupos que lo integraban se unieran, pero igualmente les manifesté que ello no me correspondía.

Me impresionó, por otra parte, el afán de participación en dos asambleas que hubo de representantes de organizaciones peruanas en el local del Consulado General en Buenos Aires, la primera con motivo de la visita del entonces vice canciller, el embajador José Antonio Meier, en noviembre de 2011; y la segunda cerca de mi partida, a mediados de octubre de 2012. En ellas participé a instancias de los cónsules encargados en cada momento. En la primera el vice canciller expuso la política con los peruanos en el exterior y escuchó las múltiples quejas de la comunidad, que prometió canalizar a su regreso a Lima; en la segunda se trató el llamado a elecciones para el Consejo de Consulta de la Comunidad Peruana, en el ánimo de lograr una mayor participación, ya que en anteriores convocatorias la participación había sido exigua. Es difícil afirmar que estas asambleas hayan solucionado problemas, pero es indudable que darle canales de expresión a los dirigentes de la comunidad peruana ha permitido establecer una vía más para canalizar sus demandas.

Empero, es de tal magnitud y pobreza la comunidad peruana en la Argentina y especialmente en Buenos Aires, que es indispensable el mantenimiento de una atención constante a ese grupo de compatriotas por parte no solo de la Cancillería sino del gobierno peruano en su conjunto. Sin embargo, hay una inconsciencia tal sobre el tema que hace unos meses, cuando un Ministro del Interior tuvo la ocurrencia de deportar masivamente a jóvenes extranjeros en “situación de calle” e hizo lo propio con un grupo de argentinos, no pude dejar de pensar lo que ocurriría si a algún homólogo argentino se le pasara por la cabeza deportar a los peruanos en “situación de calle” en la Argentina.

III. La Argentina que conocí

Impresión de Buenos Aires

Había estado antes en Buenos Aires pero solo brevemente, por pocos días. La ciudad me impresionó desde un primer momento. Su diseño, sus calles, pero sobre todo su gente. Esa amabilidad de la que pude gozar desde un primer momento me ha dejado un recuerdo perdurable. La imagen del argentino gritón y soberbio que perdura en los chistes, en referencia sobre todo a los porteños, no la encontré en los habitantes de Buenos Aires. Me gustó la ciudad por la fuerza de su vida pública y los acalorados debates en los medios de comunicación.

Recuerdo que a los pocos días de llegar me solicitó una entrevista el corresponsal de *El Comercio*, un argentino simpático que empezó preguntándome a boca de jarro: “¿Cree usted que hay libertad de prensa en la Argentina?” Olí trampa en la pregunta desde el primer momento y le relaté la experiencia que acababa de tener leyendo las páginas de opinión de diarios de tendencias opuestas: La Nación y Página 12. Había en el momento un debate sobre el legado del Presidente Roca, que gobernó la Argentina a fines del siglo XIX y que impulsó la denominada “guerra del desierto”, el control de los territorios del sur con una matanza de pueblos originarios de por medio. Más

allá de las opiniones que se cruzaban sobre el punto, se trataba de un debate con gran fondo histórico y particular intensidad de ideas encontradas que lo hacían muy interesante. Le referí al corresponsal que si eso no era expresión de libertad a qué se refería. Sonrió y continuó con otras preguntas. Ciertamente no existe algo similar en la empobrecida prensa peruana.

Un primer lugar a tomar en cuenta es el edificio de la embajada misma. La residencia y la embajada como tal porque ambos son edificaciones contiguas. Quedan en un barrio antiguo y distinguido como Recoleta y dan a la Av. Libertador, especialmente elegante también en ese tramo, con un conjunto de parques sucesivos que se prolongan por varias cuadras. Se trata de un edificio de principios del siglo XX, donado por la Argentina al Perú en 1943, en retribución por la donación que hizo el Perú del terreno para la construcción de la embajada Argentina en Lima con motivo del primer centenario de la independencia peruana. Se trató, originalmente, de la mansión de una familia estanciera, construida por un famoso arquitecto argentino, Alejandro Bustillo, a la que parece haberse agregado, pues existen varias formas de comunicación entre ambos, el edificio de la cancillería, las oficinas de la embajada propiamente dichas. En un primer momento me pareció muy conveniente vivir en un lugar tan cercano al trabajo, sin embargo, con el tiempo ello se demostraría complicado porque limitaba drásticamente alguna posibilidad de vida personal. La residencia, con todo lo fastuosa que es, está abandonada. El gobierno peruano no ha proveído durante décadas los fondos para mantenerla y por ello ha venido a menos, aunque aún conserva, sobre todo algunas partes del área social, el esplendor de antaño. Ello no hacía menos difícil vivir solo en una casa tan grande y que había sido habitada por tantos y tan distintos personajes. Muchas veces sentí que se unían a la soledad de mi

estancia en Buenos Aires, la soledad de una casa tan grande y en buena medida deshabitada.

El encuentro con el que sería mi despacho por trece meses merece un comentario aparte. Es, como la casa, un espacio magnífico, muy amplio y que da a una terraza igualmente espaciosa aunque en desuso en los últimos años. Al principio creí que era solo por el tráfico en la Av. Libertador, que hace imposible estar en la calle en las horas punta, tanto por los autos como por el smog. Sin embargo, algunos meses más tarde un visitante argentino ya entrado en años me pidió que lo acompañara a recorrer la casa y me dijo que a esa terraza, en otra época, los embajadores peruanos invitaban a “personas notables” para ver los desfiles militares que pasaban por la Av. Libertador. “Ahora —señaló— luego de lo que pasó en los años setenta, ya no hay desfiles militares en este país”. Los muebles también son especialmente impresionantes, aunque descuidados como los del resto del edificio. Y, no se puede dejar de decirlo, presidía el ambiente un retrato del General San Martín con una banda peruana de extraño diseño, quizás inspirada en la primera bandera nacional. Ordené también, desde el primer día, que se colocara en lugar prominente la foto oficial del Presidente de la República recién estrenado: Ollanta Humala. Sería una forma, pensé en ese momento, de señalar que un nuevo tiempo había empezado en el Perú. El problema práctico con el despacho, sin embargo, era que no había una computadora para trabajar ni tampoco una secretaria para asistir al embajador. Me sorprendí de ambas cosas y llamé de inmediato a Lima al Canciller Rafael Roncagliolo para señalarle las faltas y la urgencia de remediarlas. Felizmente se pudieron encontrar las partidas para cubrir ambas cosas, sin embargo, la ausencia de cuestiones tan básicas como secretaria y computadora eran expresión del abandono de la relación con Argentina por parte

del gobierno anterior de Alan García. Empezaba entonces, en lo que corresponde a la relación bilateral, el núcleo de la relación diplomática, desde un punto bastante bajo.

Quizás complete esta impresión mi visita al ombú de Borges. A los pocos días de llegar me llamó Francesca y me dijo que tenía que visitar el ombú de Borges. Mejor dicho, me emplazó a que lo hiciera. No sabía qué era un ombú (pero no se lo dije) o sea que empecé por esa averiguación. “Un tipo de árbol” me dijeron y ya había dado un paso más. La única referencia es que estaba en Belgrano, zona de Buenos Aires que no conocía. O sea que un domingo al mediodía me encaminé a encontrarlo. Tomé un taxi y le pedí que me llevara a la plaza de Belgrano. Al poco rato estaba en una plaza con una feria dominical y una iglesia muy grande. Empecé a preguntar en los puestos hasta que me dieron una indicación “baje usted cuatro cuadras y mire a la derecha”. Efectivamente, seguí las indicaciones y se presentó ante mí, majestuoso, el ombú de Borges. Un árbol antiguo, enorme, con unas raíces imponentes y que sobresalían a su estructura. El árbol era precioso, merecedor del lugar que tenía en la literatura borgiana, pero la plaza me decepcionó, sucia y descuidada, definitivamente no era digna de Borges.

Lecciones de la política argentina

En las primeras semanas en Buenos Aires conversaba con un amigo peruano que tenía muchos años en la ciudad y al preguntarle su opinión sobre la política argentina me dijo: “Estos patas viven en una guerra civil permanente”. La frase se me quedó grabada como una sentencia, sobre todo viniendo de alguien que no está metido en la actividad política. Efectivamente si algo sorprende al observador externo de la política

argentina es el alto grado de polarización que a la postre diera la impresión que impide la estabilidad de su democracia.

Al respecto quizás quepa el recuerdo de la noche del triunfo electoral de Cristina Fernández de Kirchner, con el 54% de la votación en primera vuelta, a fines de octubre de 2011. Animado por mi interés por estos sucesos políticos decidí aventurarme a pie al centro de Buenos Aires, cerca de donde se había convocado una marcha peronista de celebración. Me aposté en una esquina de una Avenida en diagonal a la Plaza de Mayo, creo que Roque Sáenz Peña y pude observar pasar delante mío miles de miles de manifestantes durante varias horas, tanto de extracción popular como de clase media, con una disciplina impecable si la comparamos con la que hay en las marchas y manifestaciones en el Perú. Coreaban consignas en tono desafiante tales como “Aquí están los fusilados” “Aquí están los desaparecidos”, en alusión a las víctimas de la violencia política de treinta años atrás y “Volvieron en los hombros del pueblo”, refiriendo al triunfo popular que celebraban. Me recordaron la frase de mi amigo en el sentido que tan cerca como en la década de 1970, y más específicamente en el período 1976-1983, la Argentina había tenido una guerra interna entre una guerrilla, principalmente peronista, y sus fuerzas armadas y policiales, que desataron una represión indiscriminada del Estado con un saldo aproximado de 25,000 muertos. Una guerra que ha dejado hondas heridas en cuanto a violación de derechos humanos se refiere y frente a las cuales diversas organizaciones de la sociedad civil y los últimos gobiernos argentinos han hecho una encomiable labor de justicia y memoria. No estaba tan lejos entonces la alusión bélica ni tampoco la base material de la polarización.

Se trataba, sin embargo, de una guerra distinta a la que había ocurrido en el Perú entre Sendero Luminoso y el MRTA y

las fuerzas del Estado peruano, en el período que va entre 1980 y 1994 y que también tiene un saldo trágico de casi 70,000 muertos. En el Perú se trató de grupos que se insurrectaron contra una democracia incipiente, a la que finalmente contribuyeron a liquidar, provocando entre otros factores el golpe de 1992. En la Argentina, en cambio, se trata de una lucha contra sucesivas dictaduras militares, con breves interregnos civiles, que no logran superar el clima de violencia imperante, hasta la vuelta de la democracia en 1983. Esta diferencia sustantiva es algo difícil de entender para un observador externo, en especial si viene del Perú, sobre todo por la propaganda reaccionaria que quiere poner en pie de igualdad cualquier episodio de lucha armada, olvidando que en su momento partidos como el APRA también se alzaron contra diferentes dictaduras oligárquicas. Esta diferencia lleva a que la democracia resultante, en el caso argentino, a pesar de todas sus dificultades, haya sido capaz de integrar el conflicto social en un nivel mucho más alto que el peruano y que el trabajo de memoria histórica de lo sucedido esté mucho más avanzado que en el Perú.

Hago estas diferencias porque ya de regreso y en medio de la defensa sobre mi actuación en Buenos Aires, un ex juez de la época fujimorista señaló en un medio que la Argentina de los tiempos de Cristina Fernández de Kirchner era un país gobernado por guerrilleros. Esta fue una alusión, que en su momento refuté, a una supuesta protección que allí se daría a la actividad senderista, queriendo confundir a los que se alzaron en armas en la Argentina en los años setenta y la lucha armada de Sendero Luminoso y el MRTA. Por el contrario, no fue ese el temperamento que encontré ni en los funcionarios del gobierno argentino con los que conversé, ni con dirigentes de diversos partidos políticos de ese país. Es generalizado el

rechazo al terror senderista y en todo momento hubo disposición y ayuda a combatir esa lacra.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo inusual del grado de enfrentamiento público incluso para una región como América Latina históricamente polarizada, hay otra característica también que diferencia a la Argentina de otros países y ciertamente del Perú: los proyectos políticos en juego, que hunden sus raíces en la historia argentina y que no terminan de resolverse, eso sí es verdad, en una república democrática estable. La existencia de proyectos fuertemente arraigados en distintos sectores de la población y la organización política de los mismos, le da una vitalidad a la actividad que no he visto en otras partes de nuestra América e incluso en otras partes del mundo. Es más, estos proyectos suponen la construcción de una visión y una identidad de país que se asienta en una ciudadanía muy consciente de la materia de disputa, me refiero a los derechos que ha conquistado a lo largo de su historia.

Paradójicamente, esta polarización también da paso a una pluralidad que se expresa en los medios de comunicación masiva. Viniendo del Perú, donde existe una abusiva concentración de medios, lo que da origen a una prensa mayoritariamente monocorde que repite en diversos tonos el credo neoliberal y posturas agudamente conservadoras en la mayoría de los temas, en Argentina existen diversos puntos de vista que se expresan en distintos periódicos, radios, canales y programas de televisión. La mayor sorpresa fue que allá hay programas de televisión de carácter político y cultural con una conducción progresista tanto sobre su país como sobre el mundo, lo que promueve polémicas muy interesantes y de hondo contenido tanto histórico como conceptual. Recuerdo que los primeros días no podía salir de la sorpresa después de haber estado durante décadas intoxicado por los contenidos, especialmente

de la televisión peruana. Esto no quiere decir que no existan también contenidos basura o que no haya, como también sucede en el Perú, favoritismo en la distribución de la propaganda oficial. Sencillamente hago referencia a que la variedad y la calidad, en la información y la opinión, indispensables para una sociedad democrática, están presentes con una fuerza desconocida en el Perú.

Esta construcción ciudadana se plasma también en algo que, quizás por mi trayectoria personal, considero fundamental: la virtud de la militancia. Me refiero a la dedicación a la política dentro de un aparato partidario de hombres y mujeres comunes y corrientes. Distingo esto del vilipendio a los políticos corruptos que también existe por allá, pero que no ha logrado ensuciar al conjunto de la actividad al menos en el imaginario popular. Esta generosidad de la dedicación a los asuntos de interés general a través de la política que ha sido prácticamente erradicada en el Perú por la hegemonía ideológica neoliberal, persiste y se desarrolla en la Argentina. No hay vergüenza, como muchas veces sucede por acá, de que uno se dedique a la política. Ello augura, ciertamente, un porvenir a la democracia en ese país que todavía no avizoramos nosotros, por mantener vivo en el ciudadano de a pie un interés por los demás que temo se extinga en el Perú. La polarización asusta, seguramente, y puede llegar a ser muy nociva para una república, pero prefiero verla como un síntoma de vitalidad por contraste con una polis que a veces siento languidecer como la peruana.

Es posible que esta impronta ciudadana por su democracia, más allá de sus propios avatares, sea la causa de la proyección latinoamericana que le dan a su vida política. De inmediato, al llegar, pude sentir el peso de América del Sur y de América Latina en el discurso, tanto del gobierno, con más fuerza ciertamente, pero también de la oposición; la referencia a un

nosotros que también ha empezado a ser ajena en el discurso y en la referencia política más en general, en el Perú.

Como político no me pudo dejar de gustar esta recuperación de la actividad y en especial de la militancia, porque quizás es en esa virtud que se pasa el legado democrático de una generación a otra, para la salud ojalá que imperecedera de lo público. Por la recuperación de estos valores básicos es que me sentí cómodo políticamente en la Argentina. Las cosas por las que yo había luchado toda mi vida: la justicia social, los derechos ciudadanos, la nación, lo público; eran nuevamente bienes apreciables y apreciados y no estaban en el traste de las cosas viejas como en el Perú.

Sin embargo, la recuperación de esta visión política se da sobre un debate más de fondo que por lo menos hay que mencionar. Es la discusión, abusando de los términos, entre liberales y populistas sobre la democracia hoy en la Argentina y en América Latina. Abusando digo porque los diversos campos no se sentirían plenamente identificados, como dice Enrique Peruzzotti, con estos calificativos. En un caso, creo, porque se sienten partidarios de las instituciones liberales, pero tienen una visión progresista de la política y de la vida; y en el otro por la mala prensa que el término populista tiene en la región, prefiriendo estos últimos denominarse o sentirse partícipes de una corriente nacional-popular. El caso es que se plantean como posiciones irreconciliables, donde el avance de uno debe significar la erradicación del otro. La actitud política en este debate sobre la democracia hace difícil para muchos recoger alguna lección. A pesar de ello, creo que se plantean, sobre todo desde el lado nacional-popular, una crítica a la democracia de élites que nos trajeron con las transiciones de los setentas y los ochentas, y la necesidad de nuevos mecanismos de participación desde abajo. Ello pone el debate en un camino renovador. Además, el vigor

intelectual que transmiten y las alternativas que encarnan distan de estar agotadas por lo que tendremos estas posiciones entre nosotros para rato. Quienes parecen perdidos, al menos en el debate de ideas, son los que no quieren que nada se mueva en estas democracias precarias que habitamos.

La Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA)

La ESMA es un vasto predio en la Av. Libertador en Buenos Aires donde funcionaban diferentes dependencias de la Armada Argentina y que durante la dictadura militar de los años setenta y principios de los ochenta, parte de la misma, principalmente el llamado Casino de Oficiales, fue usado como centro de detención clandestino de presos políticos. Ahí se torturaba, ejecutaba y salían también aquellos detenidos que iban a los “vuelos de la muerte”, en los que se arrojaba desde el aire a presos drogados en las aguas del Río de la Plata y del Atlántico Sur. Se calcula que de un número aproximado de 5,000 detenidos que pasaron por ese lugar solo sobrevivieron 200. Fue recién el presidente Néstor Kirchner, en el año 2004, quien retiró el área de jurisdicción militar y señaló, junto con la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, que allí debía funcionar un Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos. En este sentido se crearon el Centro Nacional de la Memoria “Haroldo Conti” y el Archivo Nacional de la Memoria.

Había escuchado del genocidio argentino producido por la dictadura militar en diversos momentos e incluso conversado con exiliados en diversas partes de América Latina, aunque debo decir que no tenía una noción lo suficientemente clara de las dimensiones que alcanzó. Quizás por la aguda desconexión contemporánea entre la política peruana y la argentina. Ha-

bía incluso leído el libro de Miguel Bonasso “Recuerdo de la Muerte”⁴ a poco de llegar a Buenos Aires y consultado diversas partes de esa monumental obra “La voluntad” de Anguita y Caparrós⁵, pero nada fue comparable a visitar la ESMA.

Fui a la ESMA en dos oportunidades. La primera atendiendo a una invitación oficial de Eduardo Jozami, del Centro Nacional de la Memoria, para una exposición sobre la carta abierta que envió Rodolfo Walsh, renombrado periodista, a la dictadura militar, el día anterior a que un comando lo detuviera y desapareciera. Fui junto con mi hija Jimena y nos conmovió muchísimo el acto. Primero leer la carta, reproducida en una instalación gigante y luego escuchar a la viuda de Walsh y finalmente una reseña de su vida realizada por un especialista en su figura que es Eduardo Jozami. Al salir del lugar y conversando de que se había tratado de aniquilar a toda una generación preocupada por su país, Jimena me dijo “Papi, si tú y mi mami fueran argentinos, probablemente estarían muertos”.

La segunda vez fui con motivo de la visita a Buenos Aires de Francesca, que coincidió con Javier Diez Canseco, Liliana Panizo, Aída García Naranjo y César Rodríguez Rabanal. En este caso se trató de una visita regular como la que puede hacer cualquier persona que se acerque, se identifique y manifieste su deseo de entrar. Son visitas guiadas y que se concentran en el Casino de Oficiales donde se cometieron los crímenes señalados. La nuestra fue una “tour” por el horror, recuerdo que un sábado por la tarde. El guía argentino era un joven que no llegaba a los treinta años pero que estaba muy bien preparado para su

4 Bonasso, Miguel. *Recuerdo de la muerte*. Edición definitiva. Buenos Aires: Planeta, 2010.

5 Anguita, Eduardo y Martín Caparrós. *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Cinco tomos. Sexta edición. Buenos Aires: Booklet, 2011.

cometido. Nos enseñaron los cubículos de tortura en un primer piso y las estrechísimas tarimas a las que encadenaban a los detenidos mientras no los interrogaban, en un tercer o cuarto piso. Por coincidencia se unieron a nuestro grupo tres profesores de un pueblo de la provincia de Buenos Aires que habían traído a varios de sus alumnos para enseñarles el lugar. Uno de ellos había estado detenido en la ESMA y por fortuna sobrevivió. Cuando llegamos a uno de los recintos los recuerdos lo abrumaron, se quebró emocionalmente y empezó a llorar.

Me sigue siendo imposible pensar cómo fue la vida cotidiana en esta fábrica de la muerte, por más que algunos meses más tarde Lila Pastoriza, esposa de Eduardo Jozami, que había estado detenida en el lugar me contó algunas cosas, continuó siendo imposible soportar pensamientos que imaginaran esos días. En algún momento del recorrido uno de los visitantes le preguntó al guía por los que habían sobrevivido gracias a pasar información a sus captores, inquiriendo por su situación posterior, si no habían sido estigmatizados como soplones por ese hecho. El guía firmemente respondió que los detenidos habían sido sometidos a tales tormentos que era mejor no juzgarlos.

Terminamos consternados la visita, recorrimos en silencio y apiñados en un carro el regreso por la misma Av. Libertador y nos tardó un buen rato reponernos y empezar a articular palabras.

El develamiento de la placa de los exiliados argentinos

El 27 de setiembre del 2012 se llevó a cabo la ceremonia de develamiento de la placa que un grupo, aproximadamente cincuenta, de antiguos exiliados políticos argentinos había obsequiado y pedido colocar en el local de la embajada del Perú,

en gratitud al pueblo peruano por el cobijo que les brindó en la década de 1970, cuando debieron salir de su país perseguidos por la dictadura militar que ponía en peligro sus vidas.

La colocación de la placa y la posterior ceremonia se hizo a solicitud del grupo de exiliados encabezados por el peruano-argentino Jorge Carpio y contó con la explícita autorización del entonces canciller Rafael Roncagliolo. En la ceremonia Jorge Carpio tomó la palabra y señaló que se trataba de un anhelo largamente postergado y que en ese momento era posible por la política de apertura que mostraba la embajada a peruanos y argentinos. Refirió que esa política de apertura era la que mostró el Perú en los años setenta cuando centenares de argentinos fueron a buscar refugio del terrorismo de Estado y de la persecución que sufrían en su país. Destacó también la intervención de Gustavo Molfino –hijo de Noemí Gianotti de Molfino secuestrada en el Perú y posteriormente encontrada muerta en Madrid– que agradeció la hospitalidad y protección de los peruanos que finalmente le salvaron la vida. Quedó un libro de visitas en el cual varios de los presentes estamparon sus impresiones y firmas y que debe permanecer al cuidado de la embajada para que posteriores visitantes hagan lo mismo.

Me dio un gusto muy especial volver a encontrar, después de más de treinta años, a la señora Elba Roulet, una dirigente de la Unión Cívica Radical que llegó a ser durante la presidencia de Raúl Alfonsín vicegobernadora de la provincia de Buenos Aires. La señora Roulet junto con su esposo Jorge Roulet, también dirigente radical, habían estado exiliados en Lima en los años setenta y los había conocido en esa época por una larga amistad que habían tenido con José Lynch mi hermano mayor. La pluralidad de la asistencia, de la cual la señora Elba es un ejemplo, señala la amplitud de la represión militar en la

época y trae por tierra la tesis aquella de que los únicos golpeados fueron los que habían tomado las armas.

Encuentro en el Teatro Colón

A los pocos días de haber llegado a Buenos Aires tuve una llamada de una persona que no llegaba a identificar y que decía que me quería invitar a un espectáculo de ópera al Teatro Colón. En la primera ocasión que llamó no pude responderle a tiempo y se frustró la invitación a la ópera en el Colón. Sin embargo, algunas semanas más tarde insistió en su invitación, logré el contacto telefónico y me refirió de su relación con anteriores embajadores peruanos y su insistencia en ir al Teatro Colón. El lugar me despertaba curiosidad, lo había visto varias veces desde el carro, parado en el atroz tráfico de Buenos Aires y tenía extraordinarias referencias sobre el sitio y reiteradas recomendaciones de que lo visitara. Acepté la invitación y acordé encontrarnos en el teatro el día de la función. A los pocos minutos de llegar se me acercó esta persona, un hombre de edad avanzada con su señora, y me invitó a pasar a su palco. Se trataba, de hecho, de un espectáculo de opereta de buena calidad como suelen ser en esa sala. En el intermedio me invitó una copa de champán y me refirió, al contarme algunos episodios de su relación con la política, que había sido ministro de la dictadura del General Jorge Videla (sí, la misma, a la que acusan de tener en su haber 25,000 vidas humanas entre muertos y desaparecidos). Durante el segundo acto del espectáculo no lograba salir de mi estupor. Al terminar la función, siendo ya más de las diez de la noche, me dijo que deseaba invitarme a cenar. Apuradamente le repliqué que había recibido una llamada de emergencia de la embajada peruana. Paré un taxi y desaparecí del lugar. En ese trayecto en taxi del Teatro Colón a

la residencia fue la primera vez en mi estancia en la Argentina que sentí una mezcla de miedo y soledad. El miedo supongo que era figurado, por una dictadura que ya no existía pero que de repente había visto en el anciano personaje, la soledad porque hubiera querido contarle, sacármelo de mí de inmediato y no fue así. Tardé algún tiempo antes de decírselo a alguien.

Posteriormente volvería al teatro, una tarde de domingo, con motivo de la visita de mis hijos, pero esta vez para gozar un espectáculo desde la platea y en grata compañía familiar.

El Círculo de Armas

Por una invitación del señor Norberto Peruzzotti, durante muchos años director ejecutivo de la Asociación de Bancos Argentinos y padre de mi amigo Enrique, tuve la oportunidad de conocer el Círculo de Armas. Este es un club de caballeros, fundado en la segunda mitad del siglo XIX que se levanta como un edificio antiguo sobre la Avenida Corrientes. Se trató de una invitación, largamente postergada, para una charla sobre el Perú y una cena con los socios. Fue verdaderamente un viaje a otro tiempo, no solo por la arquitectura del edificio y las características de su amoblamiento, todo de principios del siglo XX, sino sobre todo por sus miembros.

La visita empezó en el bar donde conversé con las personas que iban llegando, entre ellos dos que insistían en encontrar un ancestro irlandés común por tener el mismo apellido conmigo. Pasamos luego a la sala, literalmente majestuosa y de un techo altísimo donde en múltiples muebles de cuero y sillones repujados nos acomodamos con los socios. Tras una breve presentación desarrollé mi charla sobre la situación del Perú que, bueno es decirlo, motivó una larga carcajada posterior de mi amigo Enrique, que me dijo nunca haber escuchado tal esfuerzo de

equilibrio para explayarse sin herir susceptibilidades. Al último y solamente luego de mi encuentro en el Teatro Colón con el ex ministro de Videla, escuché una intervención favorable (aunque hubo otras más moderadas) a la dictadura militar argentina de la década de 1970, refiriéndose a ella como los mejores tiempos injustamente apreciados luego. Pasamos a cenar en una mesa larga y grande de aproximadamente cuarenta personas y luego de los brindis respectivos no pude dejar de preguntarles ¿qué es eso de un club de caballeros? Pues que no entran las damas, me dijeron, salvo a la hora del almuerzo, pero se deben sentar con su acompañante en una mesa distinta a la principal.

El perfil social de los asistentes era por demás interesante, nada comparable a lo que había visto o vería en otros lugares. Incluso el Jockey Club –tradicional lugar de reunión de la oligarquía porteña– al que fui también luego de mucha insistencia de sus directivos y que me pareció más mesocrático. Con solo decir que la persona que presidía la mesa, un directivo importante supongo, cuando yo le pregunté a qué se dedicaba me contestó que era el presidente del directorio de un banco, por coincidencia el banco en el que meses atrás había abierto una cuenta. Los presentes expresaban un sector ciertamente minoritario de la sociedad, dominante en otra época, pero que conservaba todavía, y lo daban a entender, una porción importante del poder en el sentido más amplio del término.

Me dieron una tarjeta de socio honorario mientras estuviera en la Argentina que como buen caballero nunca me atreví a usar.

Los intelectuales de Buenos Aires

Una de mis frustraciones fue saborear la vida intelectual porteña de lejos. No tenía otra opción como embajador, pero tampoco podía resistirme a la tentación por mis propios an-

tededentes intelectuales. La Argentina y en especial Buenos Aires, es en América Latina uno de los principales centros de reflexión en las ciencias sociales, en especial, en sociología y ciencia política, que han sido las disciplinas en las que he estado inmerso en mi vida. Una noche, al inicio de la gestión, estaba viendo televisión y de repente aparece en un canal de la Televisión Pública, Encuentro me parece, un programa sobre José Carlos Mariátegui. Por supuesto, me detuve a verlo y quedé gratisimamente sorprendido por su calidad. Al día siguiente, me eché a buscar al autor, el Dr. Juan Pablo Feinmann. Lo ubiqué y lo invité a cenar para conocerlo y conversar, pasó el tiempo y cuando miré la hora era bien entrada la madrugada. Me sorprendió la ilustración sobre Mariátegui y su tiempo, el Perú y América Latina. Una sorpresa que se repetiría muchas veces durante mi estadía respecto de diversos temas, insistiendo mis ocasionales interlocutores en una conciencia del tiempo y el lugar que ocupan en esta época que fue una escuela para mi.

Al inicio también realicé esfuerzos por tomar contacto con comunidades específicas con la ayuda de algunos amigos peruanos. La primera que convoqué fue una cena con una concurrencia plural de intelectuales argentinos, que reunió desde Juan José Cresto a Horacio Tarcus, pasando por Sofía Oguic y Graciela Batticuore, lo que me abrió muchas puertas y me dio muchos contactos en diversas instituciones. En el caso de los especialistas en temas educativos tuve la ayuda de José Rivero, lo que me permitió congregarse en la embajada a un selecto grupo de argentinos entre los cuales recuerdo a Emilio Tenti y Adriana Puigrós que me ayudarían mucho en diálogos y gestiones posteriores. En el caso del periodismo me dio una mano Ricardo Uceda, de paso por Buenos Aires, lo que me permitió conocer a periodistas de distintos medios, fundamental en

un espacio mediático tan enfrentado como el argentino. Tengo un especial recuerdo del encuentro con Horacio Verbitsky, el legendario periodista de investigación y defensor de los derechos humanos que ha educado a generaciones de periodistas en Argentina y de la entrevista que me hizo Martín Granovsky que me permitió presentarme en los medios. Posteriormente la ayuda de Pedro Brigier para acceder a la radio y la televisión cada vez que había que aclarar algún asunto determinado fue inestimable.

De otra parte, establecimos relaciones con la Biblioteca Nacional de la Argentina, que funciona en un edificio contiguo a la embajada y cuyo director es Horacio González. Pero también lo hicimos con el Centro Nacional de la Memoria “Haroldo Conti”, cuyo director es Eduardo Jozami y que funciona en la antigua Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Asimismo, con Eduardo Rinesi, en ese momento rector de la Universidad General Sarmiento y con Aníbal Jozami, rector de la Universidad Tres de Febrero. También con Horacio Tarcus, director del Centro de Investigación y Documentación de la Cultura de Izquierda, quizás el repositorio más importante de su tipo en la región. A ellos se sumaron los comentarios de Edgardo Mocca y Ricardo Forster, en distintos momentos, lo que me permitió una mejor apreciación del momento argentino y de su proyección latinoamericana. Pero sobre todo la palabra de Carlos María Vilas que me presentó Buenos Aires y me explicó con paciencia los antecedentes de cada fenómeno que observaba en la coyuntura.

Me impresionó, sin embargo, un intelectual en especial, de cuya obra no había tenido en cuenta sino hasta llegar a Buenos Aires. Se trató de Arturo Jauretche, un intelectual del primer peronismo, fallecido en 1974. La primera vez que supe de él fue a los pocos días de llegar en un almuerzo que organizó la

embajada peruana a un grupo de empresarios argentinos que tenían alguna relación con el Perú. No recuerdo cómo el nombre cayó en la conversación entre varios de los concurrentes y yo pregunté ingenuamente “¿Quién es Jauretche?”. “Un tipo que predicaba el odio”, me respondió uno de los señores ya entrado en años. Me picó la curiosidad y continué buscando. A los pocos meses tuve entre manos *Manual de zonceras argentinas*⁶. Su lectura me fascinó por lo directo y lúcido de su razonamiento y continué con otros de sus títulos. En este libro Jauretche desmonta los mitos que su oligarquía ha construido sobre la Argentina y cómo estos han sido usados para nutrir un “sentido común” servil a los intereses extranjeros. Se trata de uno de los escritores más importantes del “pensamiento nacional”, alguien que ha reivindicado la soberanía y la nación como base de la justicia social, el “pensar en nacional” como señala Norberto Galasso. Me daba vueltas entonces y me continúa ocurriendo hasta hoy que el pensamiento de Jauretche es un extraordinario antídoto contra toda esa ideología entreguista que nos ha invadido en las últimas décadas, de la cual es Mario Vargas Llosa el principal representante. Entre otros mitos Jauretche desmonta el cuento aquel que siempre repite Vargas Llosa sobre que la Argentina fue un gran país hasta que llegó el peronismo. Jauretche señala que ese “gran país” era uno dominado por la oligarquía local en estrecha alianza con los ingleses primero y luego con los Estados Unidos. Algo similar al “espejismo de progreso” que tenemos hoy en el Perú.

Asistí a todas las presentaciones, debates y exposiciones que mi función me permitió e incluso tuve la oportunidad de intervenir en el simposio regional organizado por la Asocia-

6 Jauretche, Arturo. *Manual de zonceras argentinas*. Obras completas, volumen 2. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2011.

ción Internacional de Sociología, en julio de 2012 en Buenos Aires. Tuve la colaboración en este empeño de multiplicar las relaciones intelectuales y hacerlas confluir con las actividades de la embajada, nuevamente de Jorge Carpio, amigo peruano incansable en su afán de ayudarnos en los campos cultural y académico. También fue muy importante mi antiguo amigo y compañero de estudios del New School for Social Research en Nueva York, Enrique Peruzzotti, profesor de la Universidad Torcuato di Tella, que introdujo matices significativos en las miradas sobre la Argentina y sus procesos social y político.

IV. El desenlace

Las movidas previas

Mi condición de embajador político estaba en estrecha relación con los sucesos en el Perú, por lo que su permanente evaluación fue una preocupación de primer orden para mí. El hecho creó, asimismo, una evidente tensión con mi labor diplomática, por las responsabilidades y programas asumidos en Buenos Aires, como se haría patente en el curso de la misión. La primera vez que pensé en renunciar al cargo de embajador en la Argentina fue a principios de diciembre de 2011, cuando se produce la renuncia del gabinete que presidía Salomón Lerner y comienza, abiertamente, el giro a la derecha del gobierno de Ollanta Humala. Llamé a Salomón y le señalé la posibilidad que estaba considerando. Él, sin embargo, me aconsejó quedarme, lo mismo que otros compañeros de mi organización Ciudadanos por el Cambio. Quizás todos abrigábamos la esperanza aún de una vuelta del gobierno a sus posiciones originales.

El 2012 fue un año de creciente deterioro de la situación política en el Perú, debido especialmente al viraje, cada vez más claro, de Ollanta Humala hacia el continuismo neoliberal. Es difícil desde fuera tener una conciencia clara de la situación,

sin embargo, algunas visitas al Perú de mi parte y la visita a la Argentina de Francesca y de diversos amigos y compañeros de lucha, especialmente de Carlos Tapia y Javier Diez Canseco, me fueron poniendo al tanto de las cosas. A ello se agregó, como ya señalé líneas arriba, la conversación con Ollanta Humala a fines de junio en Mendoza. Entre todas, la represión al movimiento cajamarquino, encabezada por el entonces Premier Oscar Valdés, con motivo de la oposición al proyecto Conga en julio de 2012, con cinco muertos de por medio, me hizo sentir por primera vez que las cosas se volvían irreversibles. Dos personas cercanas me dijeron que debía renunciar. Sin embargo, la cercanía de 28 de julio y las esperanzas de un nuevo gabinete, esta vez encabezado por Juan Jiménez Mayor, me llevaron a postergar la decisión.

Entre fines de octubre y principios de noviembre se agudizó una ofensiva que venía de atrás pero cuyos promotores decidieron dar golpes en tres frentes: la revocatoria de la entonces alcaldesa de Lima Susana Villarán, la suspensión por 120 días al también entonces congresista Javier Diez Canseco y mi salida de la embajada del Perú en la Argentina. El objetivo en todos los casos era el mismo, golpear la influencia de la izquierda en diversos niveles de gobierno y, en especial, desterrar del gobierno de Ollanta Humala cualquier presencia o resabio izquierdista. En todos los casos también los argumentos detrás eran falaces o directamente falsos, como se probaría en los meses y años siguientes. El motivo y el objetivo eran políticos. Creo que se trató de una ofensiva orquestada, por quién exactamente quizás nunca se sepa, pero intervinieron los medios concentrados que defienden a rajatabla el modelo neoliberal, los políticos de extrema derecha que ante la incapacidad de la bancada nacionalista ejercen un grado importante de control en el Congreso de la República y, en diferentes momentos e

intensidad, la mano de Palacio de Gobierno, además de organismos especializados en fraguar este tipo de acusaciones y conseguir los recursos para llevarlas adelante, porque nada de esto ocurre de casualidad ni gratuitamente. Si hubo un solo centro de dirección en la sombra es difícil de precisar, pero creo que es indudable que se cumplieron órdenes del más alto nivel para llevar adelante estas acciones.

En la misma época y ya casi superado el tema comercial se presentaron en la embajada otros dos temas que se volvieron especialmente delicados con el transcurrir del tiempo. El primero fue el Banco del Sur y el segundo los debates en torno a la política de seguridad continental. En el primer caso, se trataba de una iniciativa en el marco de Unasur pero especialmente impulsada por el Brasil que proponía establecer un banco de desarrollo sudamericano. En aquel momento el banco ya estaba creado y en los trabajos preliminares para funcionar, con el acuerdo de cinco de los países participantes: Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia y Uruguay. Era de interés de los patrocinadores que entraran otros países como Chile, Colombia y el Perú; que se alinean en la Alianza del Pacífico, y las negociaciones fueron intensas. Pero no era ese el interés que había en Lima. Mientras el Canciller Roncagliolo se mostraba interesado en el asunto, siguiendo, tal como yo también había recibido, instrucciones del Presidente Ollanta Humala, ese no era el temperamento en el Ministerio de Economía ni en su titular Luis Castilla. Cuando hubo reuniones sobre el tema las personas enviadas por la Cancillería expresaban sus dudas sobre el banco y los bisoños delegados del MEF manifestaban su oposición. En una oportunidad, incluso, en una de las reuniones con los otros países, la persona que vino a nombre de nuestro Ministerio de Economía preguntó a los presentes ¿para qué un nuevo banco de desarrollo si ya tenemos al BID? A lo que uno

de los responsables del proyecto retrucó “porque el BID tiene otro dueño y este banco va a ser nuestro”. Más tarde en la embajada le manifesté mi sorpresa por sus puntos de vista y este funcionario me señaló que seguía instrucciones de su ministro.

En múltiples oportunidades conversé del tema con el embajador del Brasil, Enio Cordeiro, quien me manifestó el interés de su país por la entrada del Perú e incluso me pidió transmitir al gobierno peruano el deseo de Brasil de enviar un especialista a Lima para que expusiera sobre el banco al canciller y al ministro de Economía. Hice la gestión y finalmente fue el enviado brasileño, pero al almuerzo que invitó el canciller Roncagliolo para escuchar junto con el ministro de Economía la exposición respectiva no se apareció el ministro Castilla. Finalmente, y seguro que a instancias de Roncagliolo, aunque sin mayor entusiasmo, el Perú pidió entrar al Banco del Sur en calidad de observador a principios de diciembre de 2012.

El tema de defensa como problema relativo a mi salida, surge un mediodía a mediados de agosto de 2012 cuando recibí una llamada del viceministro de Defensa de la Argentina en ese momento, Alfredo Forti, que me convoca de inmediato a su despacho. El viceministro me explicó la preocupación argentina por el cambio de posición que habían observado en el gobierno del Perú en las reuniones preparativas a una conferencia de ministros de defensa en Uruguay, que se llevó a cabo a mediados de octubre de 2012. Forti me señaló que ellos entendían, a partir de los discursos de Ollanta Humala, que el Perú propiciaba una política de defensa continental independiente de los Estados Unidos, pero que habían empezado a escuchar un discurso distinto, de apoyo a la propuesta de los Estados Unidos de resucitar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), ahora bajo la forma de un sistema de prevención de desastres. Me señaló la importancia estratégica que tenía para la Argentina y

también para el Brasil el desarrollo de una política de seguridad independiente, especialmente, desde su perspectiva, una política que evitara la intromisión de los Estados Unidos en el Atlántico Sur. Esta preocupación se extendía también, tal como pude recoger de otras fuentes, al temor de que Estados Unidos resuscitara el TIAR para multiplicar su presencia militar en la región, especialmente en países como Paraguay luego del golpe del 2012. Forti me pidió una entrevista entre los ministros argentino y peruano de defensa para tratar el tema. De inmediato trasladé esta preocupación y el pedido respectivo al canciller quien me dijo que se ocuparía del asunto. Llamé también al entonces ministro de Defensa Pedro Cateriano y le expliqué el tema pero nada sucedió. Pasaban las semanas y nada se concretaba. Ante la insistencia de Forti, insistí con Roncagliolo que me señaló que estaba en el asunto y que no me preocupara. Llegó octubre y se realizó la reunión de ministros de defensa en el Uruguay, pasando en camino por Buenos Aires el ministro de Defensa Pedro Cateriano y el almirante José Cueto, Jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Me enteré que en la reunión el Perú había apoyado la posición de los Estados Unidos pero no se había acordado nada al respecto por no existir un nivel importante de consenso. Les ofrecí a Cateriano y a Cueto una cena a su regreso de la reunión y tocamos muy brevemente el asunto, referido sobre todo a la insistencia del ministro de Defensa argentino, Alberto Puriccelli, de reunirse con Cateriano, a lo que Cueto respondió: “El Perú ya ha decidido hace tiempo su política sobre esos asuntos”. A buen entendedor pocas palabras y cambié de inmediato el tema de conversación.

No dejó de llamarme la atención, sin embargo, cómo la corriente principal del Estado peruano se imponía sobre cualquier intento de cambio. Todas las ilusiones reformistas de la primera hora quedaban congeladas en la expresión de Cueto “El Perú ha

decidido hace tiempo...”. Lo que Ollanta Humala y su equipo inicial hubieran pensado en un primer momento estaba ya archivado. Era imposible no sentir en ese “hace tiempo” que los grandes intereses descartaban a las ilusiones pasajeras.

Esa noche llamé a Francesca y le dije que tenía la convicción de que mi suerte estaba echada. Efectivamente, dos semanas después estaba fuera de la embajada. Mi conclusión, mirando en retrospectiva, es que había tocado desde el inicio intereses muy bien establecidos con mi actividad, la que reitero seguía directivas de Lima, y que mi actuación en los últimos dos asuntos del Banco del Sur y de la política de defensa continental, rebasó el límite de lo permitido para los poderes en un momento tras bambalinas, que poco a poco habían recuperado el centro de la escena en Lima.

Me debatí en esos días que restaron hasta mi salida entre la conciencia y la inconciencia de lo que pasaba o lo que podía pasar. Por una parte y se lo dije a varios allegados, “Vivo con la maleta hecha”, por otra la aparente solidez de la posición de embajador hace pensar en que es difícil una salida súbita como finalmente sucedió. Confiaba en mi olfato y trataba de recordar anteriores crisis, quizás habrá que aprender a leer mejor las señales que manda la realidad para adelantarse a lo que hacen los adversarios y peor los enemigos.

El acto final

El viernes 2 de noviembre de 2012 tenía un almuerzo con directivos de Pluspetrol y saliendo de la embajada mi secretaria me avisa de un video que se había colgado en la edición digital del diario *El Comercio*. No vi el video ni le di mucha importancia en un primer momento por el apuro que llevaba. Sin embargo, terminando el almuerzo recibí una llamada del

embajador Claudio de la Puente, encargado de América en la Cancillería peruana y luego una llamada del canciller Roncagliolo que me pusieron al tanto de la situación y me pidieron que viniera de inmediato a Lima.

Antes de salir para el aeropuerto vi el video y me di cuenta de la patraña. Me habían tendido una emboscada y había caído en ella. Se trataba de un video trucado en el que pude distinguir varias piezas distintas pertenecientes a tiempos y situaciones diferentes que eran adecuadamente editados y presentados como si hubieran pasado la semana anterior a su publicación. El hecho original, ocurrido el 17 de enero de 2012, que refiere al recibo de una carta del Movadef (Movimiento por la Anmistía y los Derechos Fundamentales) órgano de fachada de Sendero Luminoso, que me entregaron dos miembros de dicha organización en el lobby de la embajada, había sido informado en el día al Ministerio de Relaciones Exteriores adjuntando copia del material recibido. No había existido, sin embargo, mayor reacción sobre el asunto. Me sorprendió el escándalo frente a un hecho pasado meses atrás y debidamente informado.

El video trucado

La edición digital del diario *El Comercio* publicó el viernes 2 de noviembre de 2012 un video que, mientras estuvo disponible en la red, pude determinar que era “el corte y confección” de otras cuatro piezas, tres videos y un audio, sobre sucesos que habían ocurrido entre el 17 de enero de 2012 y el 8 de junio del mismo año. Pero estaban presentados de tal manera que aparecían como un solo evento que había sucedido pocos días antes. Este fue el punto de partida para la montaña de calumnias que el mismo diario, otros medios y diversos políticos y periodistas propalaron en los días y semanas siguientes.

¿Cuáles eran las piezas en base a las cuales se había construido este video y de qué circunstancias provenían?

El 17 de enero del año 2012 hubo una manifestación frente a la embajada del Perú en Buenos Aires de ocho o nueve personas que se identificaban como miembros del Movadef y demandaban entregar una carta al embajador como parte de una campaña que realizaban para su reconocimiento como partido político legal, que recién sería rechazado en el Perú por el Jurado Nacional de Elecciones el 20 de enero de 2012. Un funcionario abrió la puerta y pasaron dos de estas personas que, en una pequeña sala contigua a la entrada, me entregaron una carta. Firmé el cargo respectivo y ellos solicitaron tener una reunión conmigo. Les dije que no porque sabía quiénes eran y les pedí que se retiraran. Así lo hicieron y acto seguido remití la documentación con un informe al Ministerio de Relaciones Exteriores en Lima. Se filmó, según observé en Internet por un programa o noticiero llamado “Ecos Latinos”, un video de la manifestación en los exteriores de la embajada y este fue colgado en internet.

El 10 de febrero del 2012 hubo una segunda manifestación frente a la embajada pero de un grupo de ambientalistas mayoritariamente peruanos con algunos simpatizantes argentinos, cuyo número era de aproximadamente setenta personas que manifestaban su preocupación por el impacto del proyecto minero Conga en Cajamarca. La mayor parte eran activistas independientes, pero sí algunos de los presentes se identificaron como miembros del partido Tierra y Libertad, que para entonces ya tenía reconocimiento legal en el Perú. En esa oportunidad salí, les dirigí brevemente la palabra, hice pasar a algunos de ellos a la embajada y les señalé, de acuerdo con lo que le había escuchado decir en múltiples oportunidades a Ollanta Humala durante la campaña electoral, que había que buscar

una minería sustentable en el Perú. De igual forma, envié un informe y la documentación respectiva a Lima. Pude distinguir hasta dos cámaras de video en esa oportunidad en las afueras de la embajada, a alguna de ellas debe pertenecer lo que luego se colgó en internet.

El 11 de marzo de 2012 le di una entrevista radial al periodista peruano residente en la Argentina Pierre Manrique de Radio Master, que venía buscando la oportunidad desde tiempo atrás para conversar sobre la labor que realizaba como nuevo embajador del Perú en la Argentina. Allí me referí a la política de apertura que realizaba con las diversas organizaciones de peruanos y le dije que había recibido una carta de manos de dos miembros del Movadef. Asimismo, en esta entrevista pronuncié la frase, luego cuestionada, de que la embajada es la casa de todos los peruanos.

El 8 de junio de 2012 una manifestación no anunciada llegó a la embajada peruana y de ella salió un grupo del Movadef que realizó pintas contrarias al gobierno. Al no estar anunciada la embajada no contaba con el operativo de resguardo que la Policía Federal Argentina brinda en estos casos. No me encontraba en la embajada en el momento que suceden las pintas, pero llegué algún tiempo después de que los manifestantes se habían ido e inmediatamente dispuse el borrado de las pintas, trabajo que empezó de inmediato. En esta oportunidad los manifestantes filmaron sus acciones o trajeron a alguien que lo hizo, y colgaron luego el resultado en internet. Al igual que las otras manifestaciones fue inmediatamente informada a Lima. En un primer momento creímos que se trataba de una manifestación solo del Movadef, pero averiguaciones posteriores nos hicieron ver que se trataba de una movilización de diversos grupos de la comunidad peruana y algunos argentinos, entre los cuales se encontraba el Movadef.

La primera conclusión que puedo sacar es que se trata de cuatro eventos distintos ocurridos entre enero y junio de 2012 y no de un solo evento que hubiera sucedido pocos días antes de que la denuncia apareciera en la edición digital de *El Comercio*. De tal impacto fue el montaje de *El Comercio* que personas tan avisadas como Carlos Tovar, caricaturista del diario *La República* que firma con el seudónimo de Carlín y que generalmente desconfía de los medios concentrados y tiene ideas progresistas, se compró entera la versión de *El Comercio*, dibujándome, en caricatura que apareció en *La República* el sábado 3 de noviembre de 2012, en la puerta de la embajada como si fuera un tonto que santifica con sus dichos las acciones del Movadef y encima del cual pintan lo que quieren.

Segundo, puedo establecer que no recibí en audiencia ni en mi despacho a una delegación del Movadef, tal como afir-



maron Alfonso Rivero Monsalve en *El Comercio* el 3 de noviembre, Luis Navea en *Correo* ese mismo día, Hugo Guerra, en artículo en la página de opinión también de *El Comercio* el día 7 de noviembre, que agregó “dándole la bienvenida a una manifestación subversiva...” y Héctor Villalobos en el mismo diario el 11 de noviembre, que señaló: “Los senderistas entran cuando quieren a la sede diplomática, se sientan a conversar con Lynch y encima pintarrajean las paredes a su antojo”. El encuentro fue brevísimo, tal como lo he dicho siempre y se limitó a recibir una carta y firmar un cargo. Es más, en la edición de Cuarto Poder de América Televisión (canal del mismo grupo *El Comercio*) el domingo 4 de noviembre de 2012, Diego Rayme que se identifica aparentemente como uno de los miembros del Movadef que entró a la embajada, señala que todo se limitó a entregar la carta y que el trámite no duró más de dos minutos. El núcleo de la patraña que se montó cae entonces por los suelos, no me reuní con el Movadef, en el sentido de haberles dado una audiencia para intercambiar ideas, ni menos les organicé ninguna recepción sino me limité a recibir una carta.

Tercero, que informé inmediatamente a Lima, tal como me encargué de repetir hasta la saciedad en esos días, por más que el desorden de la Cancillería al respecto señalaba en un principio que no sabían del asunto y luego que recién los había informado en marzo, quizás influenciados por la entrevista de Pierre Manrique en Radio Master que ocurrió en ese mes.

Cuarto, que no les dirigí la palabra ni intercambié puntos de vista con miembros del Movadef sino con un grupo de ambientalistas peruanos, acompañados de algunos argentinos, que se presentaron en un momento distinto a la representación diplomática. A ellos sí les dije que preocuparse por un asunto de interés público asistiendo a una manifestación era algo positivo

y una señal de salud democrática. Esto último causó indignación en varios medios y voceros de opinión de derecha que no conciben una democracia con movilización popular, así como escozor en una Cancillería como la peruana desacostumbrada a lidiar con el conflicto social. A contrapelo de esas opiniones he dicho desde siempre que la democracia y el conflicto no son antagónicos y que una de las misiones de este régimen político es, precisamente, canalizar el conflicto y la movilización.

Quinto, en la entrevista radial señalé la política de apertura que llevé adelante con la comunidad peruana en Buenos Aires. En este sentido mencioné que la embajada es “la casa de todos los peruanos”, frase muy criticada porque incluye, tal como reiteré en mi carta de renuncia, a todos los compatriotas, más allá de las conductas delictivas que puedan desarrollar. Es más, tal como dijo en una de sus primeras declaraciones, luego de ocurrido el incidente, el propio canciller Rafael Roncagliolo, hay una norma del Ministerio de Relaciones Exteriores que señala que las embajadas tienen la obligación de recibir a todos los peruanos, pero que esta “es muy antigua”. En distintas declaraciones he manifestado que me reafirmo en el principio de que la embajada es la casa de todos los peruanos, lo que no significa que vaya a albergar delincuentes de ningún tipo o, como indiqué, vaya a convertirse en una madriguera de terroristas. Por esa razón hay que estar atento a todas las ocurrencias, por más que expresen nuestro detritus e informar de inmediato a Lima. Hubiera querido que se inicie un debate público sobre el punto. Es más, quisiera que alguno de mis ocasionales detractores en este tema se atreviera a afirmar, delante de una asamblea de compatriotas en el exterior que las embajadas no son la casa de todos los peruanos, para a partir de allí distinguir, como solía hacerlo la oligarquía a principios de la república y como pare-

ce que desearían seguir haciéndolo algunos, entre peruanos de diferente valía o, peor todavía, entre peruanos y no peruanos.

Sin embargo, la pregunta que queda en el aire es ¿quién o quiénes montaron la patraña? Es indudable que un video editado no se hace por sí solo. Hubo alguien que planeó el asunto, buscó los videos, los editó de acuerdo a lo que se quería mostrar y finalmente los publicó en la edición digital de *El Comercio* y sostuvo la campaña por varios días. ¿Quién lo hizo? Me quedan las dudas si solo fue una iniciativa de *El Comercio* o contó con la colaboración de algún organismo especializado en este tipo de fabricaciones. Nuevamente me asalta la idea de los grandes intereses en juego y sus corifeos de turno que gatillan la patraña y la naturalizan a partir de su control de los medios de comunicación. Lo que sí me dio mucha pena fue que en el momento en que se publicó esta farsa fuera director de *El Comercio* Francisco Miró Quesada Rada, a quien había conocido como profesor de Ciencia Política en San Marcos y con quien había compartido militancia contra la dictadura de Fujimori y Montesinos en las filas del Foro Democrático en la década de 1990.

Por otra parte, es cierto que había y probablemente hay presencia de Sendero Luminoso en la Argentina y, sobre todo, en Buenos Aires. Una primera observación es el número de peruanos en la ciudad de Buenos Aires, aproximadamente 250,000 como ya referimos, y las poblaciones reproducen lo que existe en sus sociedades. Así como habían otros partidos organizados: el APRA, Acción Popular, el Partido Nacionalista, Tierra y Libertad; también existía Sendero Luminoso. Según me refirieron algunos especialistas la Argentina ha sido una de las rutas de escape y refugio, principalmente vía Bolivia, luego de la guerra interna. El grupo, sin embargo, era pequeño y su monitoreo por parte de la Embajada del Perú y

de las autoridades argentinas era constante. De la información que pude recoger no sumaban más de 25 personas. Es más, en una oportunidad en la que fui a tratar el tema con la ministra de Seguridad de la Argentina, señora Nilda Garré, ella me refirió del conocimiento y vigilancia establecidos sobre los sospechosos de estar vinculados a Sendero Luminoso, pero me dijo también que a juicio suyo era más importante establecer colaboración en referencia a la actividad de narcotraficantes y sicarios peruanos que actuaban en la Argentina. En especial, me hizo mención a una conocida banda de peruanos, activos en el narcotráfico y el sicariato, quizás la principal de Buenos Aires, que mantenía lazos con el Perú. Fueron de gran ayuda la ministra Garré y sus asesoras (porque todas eran mujeres) en el tema de Sendero Luminoso. Sin embargo, poco eco tuvieron en el Perú, a pesar de mis informes a la Cancillería peruana y al ministro Roncagliolo, los requerimientos del Ministerio de Seguridad argentino para colaborar en la lucha contra el narcotráfico y el sicariato. La importancia de los delincuentes peruanos me fue referida en primer lugar por la fiscal Mónica Cuñarro, cuyo despacho hizo las investigaciones respectivas. Pero si a alguien le quedan dudas puede referirse a las novelas de Cristián Alarcón *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*⁷ y *Si me querés quereme transa*⁸ para que se dé cuenta de la magnitud de la operación delictiva en la que, desafortunadamente, están involucrados peruanos.

También se deslizó la versión en los días de mi renuncia, primero en Buenos Aires y luego en algunos medios limeños, que se había elegido a una militante del Movadef como

7 Alarcón, Cristián. *Cuando me muera quiero que te toquen cumbia*. Aguilar. Buenos Aires: 2003, 2012.

8 Alarcón, Cristián. *Si me querés, quereme transa*. Grupo editorial Norma. Buenos Aires: 2010.

miembro del Consejo de Consulta de la comunidad peruana en Buenos Aires, en proceso ocurrido en octubre de 2012. Sin embargo, los funcionarios del consulado hicieron el desmentido correspondiente, señalando que de acuerdo a la normatividad de la elección habían procedido a chequear si los candidatos tenían antecedentes penales de algún tipo lo que resultó negativo. Asimismo, una de las señaladas, la ciudadana peruana Gina Huarcaya, que resultó finalmente elegida, hizo en días posteriores un largo descargo de estas acusaciones en el programa del periodista peruano Fernando Espinoza, en el espacio denominado “Prensa TV”. Por supuesto solo las acusaciones pero no los desmentidos tuvieron eco importante en los medios limeños.

Solidaridades y desengaños

Mis pensamientos en ese larguísimo viaje Buenos Aires-Lima solo giraron en torno a cómo controlar daños. Un segundo golpe en año y medio solo que este último apuntaba a mi liquidación política. Al llegar al aeropuerto había una nube de periodistas que me hacían todo tipo de preguntas pero me mantuve firme cumpliendo la orden del Canciller de no hacer declaraciones. En un momento me inmovilizaron impidiéndome dar un paso para cualquier parte, cuando en eso veo a mi hija Jimena que saltó no sé de dónde se abrazó de mí y nos abrimos paso juntos hacia el carro en el que estaba Francesca al volante.

En mi casa de Lima me esperaban familiares y amigos que me hicieron ver, aún con mayor crudeza, la gravedad de la situación que enfrentaba. De pronto traiciones recientes y odios antiguos se empozaban en esta circunstancia. La impresión

que me dio escuchar a las personas cercanas sobre la situación política y luego tener acceso a los medios fue muy chocante. Más allá de las discrepancias políticas en medio de las cuales me había acostumbrado a vivir desde mi primera juventud, en esta ocasión los ataques apuntaban a descalificarme como persona y como peruano y asociarme directamente con el terrorismo de Sendero Luminoso.

Dormí poco y mal y a la mañana siguiente, era un día sábado, me dirigí a la casa del canciller donde había sido citado a las 9 am. En un primer momento me recibió Rafael Roncagliolo solo en la sala de su departamento y me resumió la gravedad de la situación, lo que él consideraba mis errores y las dificultades que presentaba la situación política nacional. Al poco rato llegaron los embajadores Claudio de la Puente y Fernando Rojas, este último secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores en ese momento. Por lo que me dijeron tuve la impresión que su única evidencia era el video publicado el día anterior por la edición digital de *El Comercio*. Me señalaron que les molestaba no solo que hubiera recibido la carta, cosa que había informado en su oportunidad aunque en ese momento no lo reconocían todavía, sino las expresiones que había tenido sobre que la embajada era la casa de todos los peruanos, incluso de los senderistas, y las referencias positivas a los peruanos que iban a manifestar por algún asunto de interés público, aunque ello, como les dije, lo hubiera manifestado en una oportunidad y ante un auditorio distinto al día del recibo de la carta del Movadef. Para empezar les mostré la fotocopia del informe que les había enviado a Lima en enero de 2012 ante lo cual no tuvieron respuesta. Insistí en que se trataba de un video truco y pedí una investigación. Claudio de la Puente, con quien había tenido una excelente relación de trabajo en el tiempo que estuve en la embajada, asumió el pedido y plan-

teó que se podía dar un tiempo corto para una pesquisa y tomar una determinación luego de la misma. Fernando Rojas, en cambio, señaló que eso no era posible por la campaña mediática en curso y, por último, Roncagliolo tomó la palabra y dijo que por la situación política una investigación era imposible. Acto seguido el canciller me pidió mi renuncia. En un primer momento me negué a renunciar por considerar que había hecho una buena embajada y que prefería que ellos asumieran su responsabilidad y me despidieran. Roncagliolo me insistió en las bondades de una carta de renuncia para ambas partes y yo dije que me tomaría unas horas para comunicarle mi decisión final. Por último, el embajador Rojas señaló que en la Resolución de término de mis funciones no se me deberían dar las gracias por los servicios prestados. Por un momento me dejé perplejo tamaña osadía, pero Roncagliolo reaccionó y señaló que de todas maneras se me darían las gracias por los servicios prestados. Horas más tarde le envié a Roncagliolo mi carta de renuncia, aunque dirigida por el sentido de la representación al Presidente de la República.

Como es de suponerse me fui contrariado de la reunión, sobre todo por la actitud de Rafael Roncagliolo. Teníamos una larga amistad de más de treinta años, yo había sido uno de los que había propuesto su nombre en Ciudadanos por el Cambio para que fuera Canciller y la relación de aprecio y respeto mutuo había sido la norma entre nosotros. Ya había notado una cierta distancia meses atrás cuando me llamó a Buenos Aires a ordenarme que no volviera a escribir en los periódicos peruanos mientras fuera embajador. Luego supe que la llamada había sido sugerencia de un asesor, pero me sorprendió su voluntad de censura. Empero, en más de una oportunidad habíamos comentado las dificultades por las que atravesábamos en un gobierno que viraba a la derecha y al que nosotros habíamos

entrado desde la izquierda. Creí que me concedería al menos la posibilidad de una investigación, que De la Puente sin tener relación política ni amical conmigo había sugerido. Además, algunos días más tarde, a propósito de que se publicara en *El Comercio* y en *La República* un trascendido de la sesión secreta a la que el Congreso convocó al canciller Roncagliolo, señalando que este había afirmado que no conoció mi informe sobre la entrega de la carta del Movadef, me llamó un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores para decirme, de parte de Roncagliolo, que él no había dicho tal cosa. Si yo no había mandado nada era un irresponsable que debía ser defenestrado de inmediato, tal como se procedió, si no, la responsabilidad era, al menos, compartida. Hasta hoy me persigue la duda sobre el tema y quizás nunca sabremos verdaderamente qué ocurrió. Como me recordó un amigo días más tarde yo estaba, en ese momento, derrotado, y era más fácil una solución expeditiva que conservar algún decoro frente al poder.

Los sucesos en estos ya largos cuarenta años de actividad política en los que han estado en tensión las razones del poder y otras razones distintas, llámense las de la amistad o los principios, siempre me han causado especial preocupación. Creo, sin embargo, a pesar de lo que me aconsejan algunos amigos, que se trata de razones a la postre irreconciliables. Este fue un caso más de ese desencuentro.

Librado de la responsabilidad de la embajada empecé de inmediato mi defensa en los medios de comunicación. Siguiendo el consejo de amigos, desarrollé un contrataque corto y rápido que empezó el fin de semana de mi renuncia, continuó desde Buenos Aires a dónde fui a recoger mis cosas y terminó algunos días después de mi regreso definitivo a Lima. Lo primero que debí enfrentar fue la extrema agresividad reinante contra mi persona, deslizándose en repetidas oportunidades el califi-

cativo de “pro-terrorista” para señalar mi conducta, envenenándose gravemente a la opinión pública en mi contra. Quizás el artículo más envenenado fue el de Martha Meier, titulado “Lynch y su Tango rojo” y publicado en *El Comercio* el 3 de noviembre de 2012. Allí la columnista señalaba que mi encuentro con el Movadef había sido consecuencia de mi trayectoria política en la izquierda peruana, queriendo ignorar como nadie la trayectoria de combate a Sendero Luminoso en la que mi vida había estado en juego y los largos años en que los dirigentes de izquierda vivimos en un hilo, entre la represión de la guerra sucia, el fujimontesinismo y las amenazas senderistas. La temeridad de la pluma en esta señora no parece condecirse con las amenazas de carne y hueso que hemos afrontado algunos por nuestro compromiso con la transformación social.

Uno de esos días estaba parado en una esquina cerca de mi casa esperando un taxi y en eso paró una camioneta pick up de gran tamaño y un sujeto joven y de lentes oscuros me espetó “senderista de mierda”, cuando reaccioné diciéndole “a ver bájate...” aceleró raudo hasta perderse. Fueron también especialmente agresivos los congresistas Carlos Bruce y Lourdes Alcorta a los que siguieron un grupo de despistados. Los dos primeros, sin embargo, se destacaron por sus epítetos insultantes.

Tuve también expresiones de simpatía de quien no lo hubiera creído por estar en trincheras opuestas, como fueron los casos de Antero Flores Araoz y de César Campos, con ambos me comuniqué pasados los acontecimientos para agradecerles sus expresiones de caballerosidad. En las filas de la izquierda se acercaron a mostrarme su solidaridad Javier Diez Canseco, quien en esos días soportaba también una campaña calumniosa en contra, y Alberto Moreno, que cruzó el pasillo en un acto público de la Municipalidad de Lima para darme un abrazo.

Asimismo, tuve el consejo de Jorge Nieto a quien los años de distancia con el Perú le permiten estar cerca. Pero sobre todo, me defendieron mis compañeros de Ciudadanos por el Cambio Carlos Tapia, Salomón Lerner, Alberto Adrianzén y Sinesio López en artículos y declaraciones en los medios. Asimismo, mi organización, Ciudadanos por el Cambio publicó un aviso de respaldo a mi persona, cuyo contenido memoricé y me repetí muchas veces en esos días difíciles.

Extrañé, sin embargo, la solidaridad de otros con quienes durante toda una vida había mantenido relaciones académicas y de amistad. En ese momento, sin embargo, prefirieron mirar a otra parte, ya sea porque estaban confundidos por la violenta campaña reaccionaria o porque eran conscientes de la severidad con la que sanciona el orden en funciones a quienes disienten de las opiniones dominantes. En los meses siguientes abriría los ojos a la profundidad con que ha calado el pensamiento tibio en la intelectualidad peruana. Me dolió mucho que un antiguo amigo periodista se negara a firmar un texto de solidaridad con mi persona porque contenía un párrafo de condena a las persecuciones mediáticas que realizan algunos grandes medios. Nuevamente el debate sobre la malentendida libertad de expresión.

No queda sino batirse

En los días siguientes opté por hablar muy claro y referirme directamente a los hechos y creo que fui, en la medida de mis posibilidades, eficaz, tanto que en esos días haciendo cola para realizar unos pagos un señor mayor que estaba delante de mí volteó y me dijo: –“Usted es Lynch ¿no?” – “Sí”, le respondí, –“Pues es claro y habla sin vacilaciones, lo felicito”. Sin embargo, cualquier estrategia comunicativa de mi parte en esos

momentos era aplastada por la campaña que durante diez días desarrolló el grupo *El Comercio*, periódicos y TV incluidos, y algunos otros medios cercanos como *Correo y Expreso*. Una avalancha mediática como denuncié a quien me quiso escuchar en esos momentos que pretendía y pretende domesticar a todo el entorno político a “periodicazos”, expresión que mencioné por primera vez en esos días pero que se ha abierto paso en los meses y años siguientes para denunciar las campañas mediáticas de los medios concentrados que buscan el sometimiento de una persona o alguna institución.

Recuerdo también periodistas que más allá de estar o no de acuerdo conmigo me dieron un espacio en el medio o programa en el que trabajaban y me hicieron entrevistas equilibradas. En primer lugar quiero mencionar a Juan de la Puente, mi amigo de las épocas del periodismo contestatario en *La República*, que me hizo una entrevista en ese medio, en la que pude exponer por primera vez en toda su extensión mi punto de vista, a José Samanez, en ese momento el gerente general del grupo *La República*, único empresario de medios que me expresó su solidaridad. Pero también a periodistas más lejanos a mis ideas y mi trayectoria, como Augusto Alvarez Rodrich, un liberal, que jamás se comió la patraña del grupo *El Comercio*, así como a José María Salcedo en RPP, Enrique Castillo en Canal N y Mónica Delta en Canal 2 que condujeron entrevistas ponderadas sobre el tema, es decir, sin transgredir su función periodística.

Mi línea de defensa fue siempre la misma. Se había tratado de usar un pretexto, en este caso una supuesta simpatía, cercanía o consideración son Sendero Luminoso, bajo la forma de Movadef, para apartar a alguien que se consideraba un obstáculo para el tratamiento de temas políticos de fondo. Además, la campaña también buscaba dañarme personal y políticamente.

te (el diario *Correo* del domingo 4 de noviembre de 2012 titula en sus páginas interiores “Sería el fin de su carrera política”) y al hacerlo dañar a la izquierda en la que había militado toda mi vida. Esto hecho a través de una campaña de calumnias, convenientemente empaquetadas para causar un escándalo en la opinión pública y mantenida durante varios días, hasta alcanzar sus objetivos políticos.

Señalé en mi carta de renuncia la repulsión que me causaba la campaña mediática en mi contra. Y creo hoy con algo de distancia, que si algún error cometí fue no evaluar el poder que habían alcanzado los medios de comunicación en el viraje que procesaba el gobierno de Ollanta Humala. Estas campañas viciosas, de “caza de brujas” que continúan hasta el día de hoy constituyen una de las maneras que ha encontrado el gran poder económico de apartar a los que se les oponen y también de controlar a un gobierno que originalmente fue elegido para efectuar un cambio contrario a sus intereses. Se trata del gran poder concentrado que ha desarrollado la capacidad de vetar políticas públicas que no convienen a las minorías que se han beneficiado del modelo neoliberal.

El pretexto para mi salida no se sostenía por las largas décadas de enfrentamiento que había tenido con Sendero Luminoso. La invitación de José María Salcedo para una entrevista en RPP, en el noticiero de la una de la tarde, me permitió recordarle al periodista que siendo él director de *El Diario de Marka*, treinta años atrás, había recibido una carta de amenaza de muerte contra mi persona que Sendero Luminoso había enviado al diario por una columna de opinión titulada “Compañeros o terroristas” y publicada en la página de Opinión de ese medio el 29 de agosto de 1982. Salcedo me escuchó atentamente y no negó lo que le señalaba. Le dije a José María Salcedo ¿cuántos de los que hoy me calumnian han enfrentado alguna vez a un

senderista de carne y hueso o, peor todavía, una amenaza de muerte de esa organización?

Pero la cuestión de fondo creo que era lo más importante. Apartar a alguien incómodo para una política exterior favorable a los grandes poderes mundiales, en especial a los Estados Unidos, que había estado en riesgo al ser elegido Ollanta Humala y que con el viraje de su gobierno se intentaba, paso a paso, recuperar. Es indudable que un alejamiento de los países que habían tenido un giro progresista en la década anterior era indispensable y Argentina era uno de ellos. Pero no sólo eso. Se trataba también de enfriar la participación del Perú en organismos como Unasur y luego Celac, que buscaban ser la cabeza política de una integración regional que fuera autónoma del gran imperio del norte. Mi presencia en Buenos Aires contradecía esos planes, contradicción que como ya manifesté se expresó en temas de economía y defensa. Sin embargo, lo que quizás coyunturalmente era más importante, que ese viraje se diera silenciosamente, sin debate público al respecto, en lo cual un personaje como yo, con una larga carrera política y convencido de la necesidad de debatir temas de interés público, era todavía más “una piedra en el zapato”.

Una mención muy especial merece la carta que envió mi ex esposa Corinne Schmidt a los medios limeños. Se enteró de los hechos, ya que vive en el exterior, por algún amigo común y me consultó sobre la pertinencia del envío el día anterior a hacerlo. Le respondí conmovido que no tenía ningún problema. Hay veces que uno vive para conocer que hay solidaridades que trascienden a un amor contrariado, esta fue una de ellas.

Volviendo a la cronología de los acontecimientos, el martes 6 de noviembre, luego de estar tres días en Lima, volví a recoger mis cosas y despedirme de otras relaciones, intelectuales, políticas y diplomáticas, establecidas en mi estancia en

Buenos Aires. Fue para mí una tremenda sorpresa la solidaridad que recibí en la Argentina, tanto de las instancias oficiales del gobierno como de diferentes instituciones y amigos. El día jueves 8, la Radio Nacional de la Argentina me dedicó su editorial en el noticiero de las 8 de la mañana, encomiando la labor realizada a favor de las relaciones entre la Argentina y el Perú y el apoyo a los esfuerzos de integración regional. El sábado 10, participé, asimismo, en el programa internacional del canal de la Televisión Pública invitado por el periodista Pedro Brigier, en el que di mi versión sobre lo sucedido. El día viernes 9, el último día útil de mi estancia en la Argentina fui convocado por la Casa Rosada (sede del gobierno argentino) donde se despidió de mí a nombre de la presidenta el Sr. Rafael Follonier, asesor del despacho presidencial. Posteriormente y siguiendo sus indicaciones, fui al Senado donde me recibió el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, el Dr. Daniel Filmus. Por último, me desplazé al Palacio San Martín, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina donde me despidió el viceministro el Sr. Eduardo Zuain. Nunca creí merecer tamaña atención y despedida de parte del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Un último gesto de este gobierno argentino fue la condecoración de la “Orden de Mayo” que me envió la Presidenta en julio de 2013 y que me fuera impuesta por el embajador argentino en Lima Darío Alessandro, frente a todos los familiares y amigos que me acompañaron en los días difíciles de la renuncia.

Una manifestación de aprecio, muy inusual en estos casos y que me sorprendió gratamente, fue la publicación en el diario *La República* pocos días después de mi salida, de un comunicado del Consejo de Consulta de las Comunidades Peruanas en el Exterior-Argentina, elegido para el período 2012-2013, en el que lamentan las circunstancias que determinaron mi renun-

cia, hacen alto aprecio de mi gestión en referencia a los problemas de la comunidad peruana y me desean el mejor de los éxitos en mis funciones futuras y que no olvide a los peruanos en el exterior que llevan al Perú en su corazón.

Pero lo más grato para mí fue lo que sucedió en la noche del viernes 9 de noviembre de 2012. Había quedado con un grupo de amigos para que pasaran por la residencia para hacer un brindis final. Sin embargo, se presentaron además varios altos funcionarios del gobierno, Rafael Follonier entre ellos, senadores y diputados argentinos y catorce embajadores latinoamericanos que me entregaron un plato de plata en señal de reconocimiento por la labor realizada. Fue tal mi emoción que junté todas las botellas de vinos y piscos de mi reserva personal y les dije a los presentes parafraseando a Humphrey Bogart en la película Casablanca: “Tomemos todo lo que queda antes de que lleguen los alemanes”.

El domingo 11 de noviembre de 2011 partí de regreso a Lima dando por concluida mi estadía de trece meses como embajador del Perú en la República Argentina.

Colofón

Sobrevivir a un intento de liquidación política lo deja a uno fortalecido y golpeado a la vez. No ha sido el primero pero sí el más bravo. La adrenalina del momento no deja ver los moretones pero estos existen y con las semanas, meses y también años inevitablemente aparecen. Aliviarlos no es cosa fácil porque supone una revisión interna. Una revisión de los dolores políticos que se llevan a cuentas y que se podrán llegar a distinguir pero nunca a terminar con ellos. Estas sobrevivencias, sin embargo, son las que permiten lidiar con lo que viene y finalmente renovar la experiencia.

Sobrevivir para contar era una de las cosas que me animaba en los momentos más difíciles. Al tener la certeza del temporal al que estaba siendo sometido me repetía que sus motivaciones profundas debían conocerse. Por más que fuera mi versión, era una forma de hacer frente a una cultura del silencio en la que casi siempre ninguna versión posterior es recogida. Sobre todo cuando se trata de hechos de política exterior que se juzga deben estar, más allá de las necesidades evidentes, alejados del escrutinio público.

Pero también ha sido la importancia de contar la agonía que pasamos alguno de los que tuvimos una apuesta política y vimos cómo esta era abandonada. En un proceso donde el aban-

dono supuso rutina y oportunismo, pero también traición. Una situación en la que es difícil tener todos los reflejos afinados y en la que, seguramente, las decisiones personales toman y tomaron más tiempo del necesario.

Nos han criticado, a mí y a mis compañeros de lucha política, por emplear la palabra traición, como que una palabra tan fuerte no se termina de ver bien en democracia. Pero, diría mejor en esta democracia, tan proclive a los acomodados y los consensos blandos, donde las elecciones se toman como un trámite y no como el mandato popular. El señalar una traición pone las cosas en su sitio y alerta sobre la necesidad, una vez más, de hacer lo que se dice. De lo contrario no habrán bases éticas para entendernos.

La experiencia mayor es, sin embargo, sentir la propia biografía atravesada por intereses más grandes y la desesperación, en un determinado momento, de ya no poder influir en ellos. Había sentido una sensación similar en anteriores cargos públicos pero nunca con la violencia con que ocurrió en Buenos Aires. El evento me confirmó, una vez más, la manera implacable en que se mueven estos intereses mayores, aplastando personas y buscando cambiar a su favor las situaciones, para finalmente querer hacer aparecer los resultados como el curso normal y lo que es peor, ético, de los acontecimientos.

Más allá del viraje del gobierno de Ollanta Humala y sus consecuencias, algo que me impresionó de manera especial fue la actitud de la Cancillería peruana en la conducción de la política exterior. A pesar de las intenciones iniciales del gobierno de Ollanta Humala, del gabinete presidido por Salomón Lerner y el ministerio dirigido por Rafael Roncagliolo, se impuso una conducción que venía de atrás y que ha asumido el servicio a los intereses de los Estados Unidos como su eje rector. Lo que Baldo Kresalja nombraba como “el deleite en la

sumisión”, refiriéndose a los TLCs⁹. Una mezcla, me parece, de herencia virreinal con oligarquía criolla que tiene un bache con el velasquismo pero que se reencuentra con sus raíces en el Perú neoliberal. Me impresionó por contraste con el servicio exterior de otros países, sobre todo Brasil pero también Argentina y el denominado eje bolivariano de Venezuela, Ecuador y Bolivia; hasta Chile, que a pesar de su particular rol de articulador de la influencia norteamericana mueve sus propias fichas en la región. En todos, el criterio de la independencia política del país, y en muchos casos de la región, eran fundamentales. La ausencia, en cambio, de este criterio en el caso peruano era abrumadora. Difícil de creer en un primer momento, difícil de manejar luego, difícil de tragar finalmente.

Lo trágico, sin embargo, de esta constatación es lo poco que se discuten, en la agenda política cotidiana, estas opciones fundamentales que ha tomado el Estado peruano. Una falta de discusión que es responsabilidad de los sucesivos gobiernos y sus respectivas oposiciones, poco interesados en que la población se entere de los temas políticos de fondo, pero también de los medios concentrados que levantan lo que les interesa y ocultan lo que no, haciendo escarnio de cualquier atisbo de independencia en política exterior, así como de los encargados de la política exterior misma que toman esta ignorancia ciudadana como un seguro para que no se cuestionen las políticas que se llevan adelante.

En fin, uno termina más curtido, desconfiado y con un afinamiento del olfato que a mí mismo me sorprende. Sin embargo, revaloro lo que hice hasta el extremo de mis errores y me parece distinguir lo que puedo hacer en el futuro. ¿Qué y cuánto será? No lo termino de saber, pero inevitablemente

9 Kresalja, Baldo. “Deleite en la sumisión”. *Le Monde Diplomatique* (edición peruana), año II, número 24. (Lima) abril 2009.

una reflexión de la política, quizá con mayor arrojo que en los años anteriores pero también con mejores herramientas vitales para establecer el escenario y señalar las tendencias. Lo más importante: insisto en el ideal. Lo más novedoso: me esfuerzo en la búsqueda interior. Lo más práctico: distingo mejor en el antiguo tablero entre amigos, enemigos y adversarios.

Da bronca nomás pensar que los que siempre han administrado el circo vayan a seguir por un tiempo más. A veces creo que la única posibilidad de que haya otro futuro está dada por la certeza de que uno sigue vivo y luchando aunque le digan que ya fue suficiente por ahora.

Anexos

1. Carta de Renuncia al cargo de embajador del Perú en la Argentina

Lima, 3 de noviembre de 2012

Señor Ollanta Humala Tasso
Presidente Constitucional de la República

Señor Presidente:

Le escribo para presentarle mi renuncia al cargo de embajador extraordinario y plenipotenciario del Perú en la República Argentina al que me nombrara en agosto del 2012. El deterioro en las condiciones de ejercicio del cargo podrían afectar la política exterior del Perú, cosa que es preciso evitar. De igual forma, deseo manifestarle lo siguiente:

Siento repulsión por la campaña mediática de los últimos días contra mi persona y creo que ella se debe a la firmeza con que he llevado adelante las políticas que usted y el Señor Canciller Rafael Roncagliolo me encargaron cuando partí a la Argentina en setiembre del 2011. El pretexto para esta ofensiva no tiene asidero: una supuesta simpatía de mi persona por Sendero Luminoso o su fachada el Movadef, por haber recibido una carta de ese grupo para el gobierno peruano en la embajada del Perú en Buenos Aires, hecho que ocurrió el 17 de enero de 2012, hace casi diez meses y que fue inmediatamente informado a la Cancillería Peruana. Por lo demás, para nadie en su sano juicio recibir una carta es estar de acuerdo con su contenido. ¿Quién y cómo es el que recién se da cuenta de estos hechos?

Es público y notorio el combate que he desarrollado contra el totalitarismo y el terrorismo en los últimos cuarenta años, tanto desde las aulas de San Marcos y en el curso de mi militancia política, como en decenas de artículos periodísticos y varios libros. Soy un convencido de que hay que desterrar esa lacra de nuestra sociedad, pero también que en ese proceso juega un rol fundamental el combate político e ideológico, prácticamente abandonado en la actualidad.

Me hiere, Señor Presidente, que se haya dicho también en los últimos días, refiriéndose negativamente a palabras mías, que las embajadas peruanas en el exterior no son las casas de todos los peruanos, como si un peruano por ser delincuente o terrorista dejara de ser peruano. ¿Acaso nuestros cónsules no visitan a los peruanos presos y condenados alrededor del mundo? ¿Acaso el Presidente del Perú no lo es de todos los peruanos, incluso de los terroristas? Desafortunadamente se ha instalado en los últimos tiempos en el Perú un clima de intolerancia que rápidamente arma patrañas y establece cazas de brujas queriendo convertir a los adversarios en enemigos y por lo tanto en objetivos a destruir. Si esta situación se prolonga se convertirá en el despeñadero de la democracia. Es una lástima, por ello, que algunos medios de comunicación masiva hayan alcanzado poder de veto en la política exterior del Perú.

Pero la razón de fondo que desemboca en estas calumnias a mi persona es la oposición de grupos de diverso origen a las relaciones estrechas con la República Argentina y al impulso que su gobierno le da a UNASUR. Hay poderosos intereses, que no son precisamente los de las mayorías populares, los que juegan sus cartas en esta oposición. La irresponsabilidad, sin embargo, es mayúscula. La Argentina es nuestro aliado histórico y estratégico, nuestra amistad ya tuvo varios bautismos de fuego, como en las pampas de la Quinua y en las aguas del Atlántico Sur; afectarla sería suicida para las relaciones internacionales del Perú, en especial en Sudamérica. Cuestión similar sucede con UNASUR. En el actual mundo en crisis no hay otra forma de lograr “un lugar bajo el sol” que con un bloque regional que desarrolle presencia política y económica. UNASUR es por ello nuestro futuro en la región, que debemos aspirar se con-

vierta en la conducción política de la integración sudamericana. No podemos cambiar este futuro por las ilusiones de siempre que desde Colón vienen a ofrecernos visitantes diversos.

Me voy, Señor Presidente, con la satisfacción del deber cumplido, con la bandera de la patria y las mías propias en alto y como hombre de izquierda que jamás cambiará sus convicciones por un plato de lentejas, por más que quieran asustarlo.

Reciba un fuerte abrazo, mi agradecimiento por la tarea encomendada y la mejor de las suertes para lo que le queda del gobierno.

Nicolás Lynch Gamero

2. Comunicado de respaldo a Nicolás Lynch

Respaldo a Nicolás Lynch

Nicolás Lynch es un hombre honorable, un político valiente de ideas claras y un intelectual coherente y honesto que ha luchado incansablemente por la democracia y la justicia social en el Perú. Desde hace 40 años combate de manera pública y frontal, en las aulas universitarias y las tribunas periodística y política, la violencia y el totalitarismo de grupos como Sendero Luminoso, por lo que ha sido en múltiples oportunidades blanco de alevosos ataques. Pero no solo eso, es un peruano profundamente interesado en mejorar la educación y para ello, como Ministro de un gobierno democrático, pugnó por lanzar reformas fundamentales.

En los últimos años los peruanos hemos sido testigos del desproporcionado poder que han alcanzado algunos grupos mediáticos. Ellos no se contentan con representar una voz u opinión, esencial en la democracia, sino que actúan como megáfono frente a la opinión pública, lo que genera inevitablemente manipulación y abuso. Esto debe ser corregido, sin mengua de la libertad de información y opinión.

Los abajo firmantes rechazamos tajantemente la burda maniobra con la que se pretende descalificar a un político intachable, cuyos últimos afanes como Embajador del Perú han estado volcados a mejorar la relación con Argentina e involucrar a nuestro país en la unión sudamericana, ideal que viene desde nuestros fundadores republicanos.

Lima, noviembre de 2012.

Alberto Adrianzen Merino
Rolando Ames Gobián
Miguel Caillaux
Jorge Carpio
Isabel Coral Cordero
Gino Costa Santolalla
Susana Chávez
Oscar Dancoourt
Fernando de la Flor
Ernesto de la Jara
Javier Díez Canseco
Juan Dumont Chauñcur
Francisco Durand
Rosana García Bedoya
César Germaná
Cecilia Israel
Baldó Kresalja
Salomón Lerner Ghitis
Sinesio López Jiménez
Rodrigo Montoya
Ovidio Mesozoza Mota
Martín Oré
Vicente Orta Rivera
Jaime Quijandría Salmón
José Rivero Herrera
Gerardo Rénaque
Cesar Rodríguez Rabanal
Chachi Sanseviero

Ricardo Soberón
Carlos Tapia García
Oscar Ugarteche Galarza
Alvaro Vidal Rivadeneyra
Rosa María Alva Rea
Carlos Alberto Adrianzen
Ivy Sara Arbulú
María del Pilar Arroyo
Diana Avila
Carlos Bedoya
Jorge Bermeño Alvarado
Juan Borea Odría
Hugo Cabienes
Mabel Cáceres Calderón
Nephtali Carpio
Pedro Pablo Ceopa
Leonor Cisneros Velarde
Manuel Cortez Fernández
Carlos Cotrina Cárdenas
Rosana Cuba
Deici Dávila Altamirano
Francesca Denegri
José Deustua Carvallo
Fabricio Franco Mayorga
Carlos García Bedoya Maguilla
María del Carmen Ghezzi
Juan Grandá Oré
Américo Hernández Caba

Jimena Ledgard
Catalina Lohman
Jimena Lynch
Hernán Maldonado Palomino
María Mayer Behrendt
Fernando Montalvan
Himilce Mora Cortes
Marco Antonio Olivera Begazo
Victor Oliva
Carolina Ortiz Fernández
Karina Pacheco Medrano
Deborah Poole
Ricardo Ramos Tremolada
Alejandro Reyes Flores
Cleber Reyna Huaman
Sofía Rodríguez Endelbrecht
Patricia Salinas
Alejandro Santamaría Silva
Martín Scurrah
Elena Soledad Sánchez cueva
Clelia Trelancia Amico
Jorge Yshayahu Gonzales-Lara

siguen firmos...

Solidaridad desde Argentina

Norberto Alayón
Carlos Altamirano
Martín Bergel
Mabel Busaniche
Juan Carlos Carrullo
Hugo Carlon
Mónica Cuñarro
Susana Checa
Stella Maris De Filpo
Sebastián Etchemendy
Arturo Fernández
Pedro Galin
Martha Goldin
Horacio González
Arturo González
Gustavo C. Guevara
Eduardo Jozami
Verónica Lugo
María C. Mata
Edgardo Mosca
Lila Pastoriza
Martín Plot
Alberto Pontoni
Adriana S. Pons
Eduardo Rinesi
José María Serra
Enrique Visiquez
Carlos Vilas

3. Comunicado del Consejo de Consulta de las Comunidades Peruanas en el Exterior-Argentina

**El Consejo de Consulta de las Comunidades
Peruanas en el Exterior Argentina
Ley N° 29495. 8 Enero 2010.
Buenos Aires 2012-2013**

Los miembros del Consejo de Consulta 2012-2013 del Consulado General del Perú en Buenos Aires, ante la renuncia al cargo de Embajador del Perú en Argentina, presentada por el señor Nicolás Lynch Gamero, declaramos que:

- 1.- Lamentamos las circunstancias que han determinado la renuncia del señor Nicolás Lynch Gamero al cargo de Embajador del Perú en Argentina;
- 2.- Hacemos alto aprecio de su gestión en la Embajada del Perú, especialmente por la manera en que supo acercarse e interesarse por los problemas y requerimientos de la comunidad peruana en Argentina, lo cual ha quedado plasmado, entre otros, en la iniciativa para la negociación del acuerdo entre Bancos de la Nación de Argentina y del Perú para solucionar el tema de las remesas de los peruanos hacia nuestro país, desde su espacio no abandonar esta causa;
- 3.- Le deseamos el mejor de los éxitos en las funciones que tenga a bien desempeñar en el futuro, tomando en cuenta siempre los altos intereses del pueblo del Perú y no olvidarse de los tres millones de compatriotas en el exterior que también somos peruanos, honestos, trabajadores y sienten y lleva el amor al Perú en su corazón.

Buenos Aires, 8 de noviembre de 2012

Rene García Yanquirimachi
DNI 23957781
Presidente

Orfa Perez Chavez
DNI 32862821
Secretaria de Prensa y Propaganda

4. Carta de Corinne Schmidt al Presidente Ollanta Humala

Señor Ollanta Humala Tasso
Presidente de la República del Perú
Señor Presidente:

Los recientes ataques de ciertos medios de comunicación contra el honor de Nicolás Lynch, ahora ya ex embajador del Perú en la Argentina, no han merecido siquiera una respuesta pública de Ud. o de su Cancillería. ¿Es Nicolás Lynch pro-Senderista? La acusación sería risible si no fuera tan aborrecible.

En la época del auge senderista en el Perú, yo era enamorada y luego esposa de Nicolás Lynch. Juntos vivimos el horror y la tragedia de esos años, y a nadie mejor que a mi le consta su férrea oposición a dicho grupo terrorista. No sólo en libros y artículos periodísticos expresó esta oposición, sino con su propio cuerpo. Mientras muchas personas se protegían detrás de rejas, guardaespaldas, carros blindados, o, en muchos casos, en tierras ajenas, Nicolás se presentaba día tras día en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para dar lucha ideológica contra los terroristas que buscaban abusar de la libertad universitaria para avanzar sus propósitos extremistas entre los jóvenes.

Es fácil, en la lucha política, utilizar las armas deshonestas, la mentira, la calumnia. Aquí en Estados Unidos llamamos “*birthers*” a los que atacan al Presidente Barack Obama con la mentira absurda de que él no sea “verdaderamente” estadounidense, o de que no sea cristiano sino musulmán. Nos toca a los que buscamos una política más limpia y transparente hablar con voz clara en contra de ataques tan falsos. Qué pena me da ver el mismo tipo de mentira lanzado en contra de Nicolás. Qué pena que Ud., Sr. Presidente, cuya candida-

tura Nicolás apoyo con tanto fervor, mantenga silencio mientras él sufre calumnias tan absurdas.

¿Por qué no defiende el honor de un hombre que defendió con su propia vida los valores que usted ha jurado mantener?

Respetuosamente,

Sra. Corinne Schmidt

Richmond, 5 de noviembre de 2012.
Virginia
Estados Unidos de América

5. Discurso en la Plaza San Martín de Buenos Aires con motivo del 28 de julio

Discurso por el día de la Independencia del Perú. 28 de julio de 2012.

Reflexionar sobre el 191 aniversario de la Independencia del Perú en Buenos Aires es una experiencia singular porque permite que miremos adentro y afuera de la patria peruana. Adentro sobre nuestra propia independencia de España y afuera sobre la Patria Grande con la que soñaron nuestro próceres.

El Perú en cuanto a nuestra independencia se refiere tiene la doble condición de país sanmartiniano y bolivariano. Por nuestra historia y nuestra ubicación en el continente nos vimos beneficiados por la llegada de los ejércitos de San Martín desde el sur y Bolívar desde el norte. Estas fuerzas, junto con la de los patriotas peruanos, fueron decisivas para derrotar al ejército realista más poderoso de América que se encontraba en el Perú y sellar la independencia del continente en Ayacucho, en diciembre de 1824.

Pero esta no es toda la historia de nuestra independencia peruana. La llegada de los ejércitos sanmartinianos y bolivarianos fue indispensable porque en los cuarenta y más años anteriores se había producido una formidable rebelión indígena y mestiza, en los territorios que son hoy de Bolivia y del Perú y que fue, desafortunadamente, derrotada. Esta derrota explica en buena medida la tardanza de la independencia peruana en relación a otros procesos en América y señala también el carácter criollo que tuvo finalmente la independencia en el Perú. El historiador Antonio Zapata nos dice que los peruanos celebramos uno de los momentos finales, el 28 de julio de 1821, lo que otros celebran como comienzo, el año 1810 en varias repúblicas americanas.

Vale la pena, por ello, detenerse un momento en lo que ha venido en llamarse “el movimiento nacional inca del siglo XVIII”, como nos dicen John Howland Rowe y Alberto Flores Galindo, liderado por nuestro gran padre Túpac Amaru II, natural de Tinta y cacique

de Tungasuca, Bambamarca y Surimana; cuya utopía de una nación indígena y mestiza remeció los andes hasta su descuartizamiento en el Cusco el 4 de noviembre de 1781. Vale la pena también recordar a sus epígonos como el brigadier Mateo Pumacahua que se rebelaron pocos años antes de la llegada de San Martín, entre 1810 y 1814.

La derrota de los movimientos indígenas y mestizos hizo que el peso del movimiento independentista pasara a mandos criollos. Eso es lo que encontraron San Martín primero y Bolívar después cuando llegaron al Perú. De allí, que se dio el caso que la abrumadora mayoría de combatientes, en ambos bandos, patriota y realista, en la batalla de Ayacucho, fueran indígenas.

Esta situación no desmerece en absoluto el papel que jugaron los ejércitos sanmartiniano y bolivariano en la independencia, ni tampoco el papel de los criollos locales, entre los que alguno era mi antepasado directo, en conseguir tras formidable tarea la independencia del poder imperial español. Pero sí, nos señala el legado de esta primera independencia que fue la patria criolla. Patria peruana, ciertamente, pero hegemonizada por el grupo criollo descendiente de los españoles, ajeno en buena medida a las mayorías indígenas y mestizas.

Esta reflexión nos lleva a mirar también desde ahora y desde afuera el proceso de nuestra independencia. Desde ahora porque nos señala la tarea pendiente. Si el legado de la primera independencia fue la patria criolla, nos queda por construir la patria de todos. La patria que también sea de indígenas y mestizos o, en el lenguaje contemporáneo, la patria de andinos, amazónicos y criollos. Una patria que en el caso peruano no puede sino encontrar bases firmes en el legado de nuestros pueblos originarios para que la sociedad y el Estado superen el abismo que históricamente los ha opuesto y puedan abrazarse amorosamente para ser partes de un mismo todo.

Pero esta tarea pendiente que está en pleno proceso, desde arriba en el afán transformador del gobierno del Presidente Ollanta Humala, como desde abajo, en la vitalidad de los pueblos que se movilizan luchando por sus reivindicaciones, no será posible si se la considera como una tarea exclusivamente peruana. Esta construcción nacio-

nal que se lleva adelante con singular intensidad hoy en diversos países de América Latina, sólo será posible de ser culminada dentro de la Patria Grande que soñaron nuestros próceres, especialmente San Martín y Bolívar, tanto en su afán de conseguir la derrota militar de los ejércitos españoles como en su proyección de unidad americana para construir una fuerza que tenga destino hacia el futuro.

Hoy, nos encontramos frente al reto de fundir los sueños de Túpac Amaru, San Martín y Bolívar, para crear la Patria Grande de América Latina, para de esta manera ser respetados y tener un lugar en el mundo, de forma tal que podamos proyectar la libertad interior de nuestros pueblos conseguida en estos últimos doscientos años, en la libertad continental que nos libre de cualquier nuevo intento de sujeción imperial y a la vez señale nuestra particular contribución a la liberación de la humanidad toda.

¡Viva la República Argentina!

¡Viva el Perú!

¡Viva nuestra Patria Grande de América Latina!

Muchas gracias

6. Discurso de agradecimiento por la condecoración de la Orden de Mayo

Señor Embajador Darío Alessandro
Amigos y amigas

Con ocasión de agradecer la condecoración con la Orden de Mayo en el grado de Gran Cruz que me concede la República Argentina permítaseme expresar las siguientes palabras.

A fines de agosto del año 2011 recibí el encargo del Presidente Ollanta Humala y de su, en ese entonces Canciller, Rafael Roncagliolo, de asumir el cargo como Embajador del Perú en la Argentina. La misión, según me señalaron en su momento tanto el Canciller como el Presidente, tenía dos puntos específicos: fortalecer la relación entre el Perú y la Argentina y apoyar el esfuerzo de la Unión de Naciones Sudamericanas, UNASUR.

A las tareas señaladas me aboqué en el tiempo en que ocupé el puesto y paradójicamente por esta misma razón me vi obligado a dejar el cargo trece meses después.

En este breve tiempo político pudimos recuperar un óptimo nivel en nuestras relaciones bilaterales, no sin sortear múltiples y complejos contratiempos, lo que nos llevó, como me dijera el Canciller Héctor Timmerman a “una nueva situación entre ambos países” y a la par, a ayudar a generar las mejores condiciones para que el Presidente Humala asumiera la Presidencia Pro Témpore de UNASUR en junio de 2012 en Mendoza y que el Perú se integrara al trabajo de los diversos consejos de esa organización.

Algunas de nuestras ilusiones se convirtieron así en realidades que ya forman parte del futuro de las relaciones del Perú y la Argentina.

En los trece meses en la República Argentina conocí a un pueblo que tiene muy en alto su condición ciudadana y es muy consciente del costo que tuvo que pagar para lograrla. Asimismo, la igualdad en la interacción personal y el buen trato cotidiano fueron para mí

la puerta de entrada para conocer y también reconocer a otro pueblo latinoamericano que aprecia la amistad con los otros pueblos de la región, y aquí me refiero no solo a la amistad histórica del Perú con la Argentina, sino a la recepción a cientos de miles de migrantes de otros países, especialmente a una muy importante colonia peruana que goza de la hospitalidad del pueblo argentino.

Hemos estado acostumbrados al referirnos a la relación con Argentina en pensar solo en la historia militar, a recordar quizás la bravura de los granaderos a caballo en las batallas de Junín y Ayacucho o la generosidad de Roque Saenz Peña al acompañar a Bolognesi en su declaración de “pelear hasta quemar el último cartucho”. Pero ahora nos convocan también otras épicas. Me refiero a la batalla de la integración. A la vocación sudamericana y latinoamericana del pueblo argentino que se expresa en el liderazgo que cumple nuestro país hermano en el proceso de integración, asumiendo el legado, con menos pólvora pero similar coraje del Presidente Néstor Kirchner, en especial en la proyección de UNASUR como una organización plural, que viene demostrando eficacia en consolidarnos como bloque regional, para de esa forma encontrar un lugar en el planeta.

Quisiera resaltar en esta calidad de la condición ciudadana de los argentinos la manera como asumen a las víctimas del período aciago de violencia política por el que atravesaran en la década de 1970 e inicios de la década de 1980, y cómo ello se desarrolla en un formidable trabajo de construcción de memoria colectiva y de justicia para reconocer y reparar a las víctimas y reconciliar a la sociedad. La promoción de esa política desde el poder elegido democráticamente creo que construye un sólido cimiento para una democracia estable e inclusiva en el futuro de este país hermano.

Esa capacidad de construcción de memoria colectiva, de justicia, reparación y reconciliación creo que es una fuente de aprendizaje para otros pueblos como el nuestro, que todavía se debate sobre el camino que debe tomar al respecto.

Queda como testimonio de la preocupación y la solidaridad del Perú en este punto, la placa de agradecimiento que un grupo de más de cincuenta ciudadanos argentinos que se exilaron en el Perú en los

años setenta, develara en el hall de entrada en nuestra embajada en Buenos Aires a fines de setiembre del 2012.

Por otra parte, estas palabras de agradecimiento no serían tales sino señalara la impresión que me causó el importantísimo proceso de reforma social y democrática por el que atraviesa la Argentina. A mi me duele como peruano y latinoamericano la desinformación cotidiana que leo en nuestros periódicos y otros medios de comunicación sobre la Argentina, sus instituciones y sus autoridades. He sido testigo de lo que significa una política de redistribución a favor del trabajo, seguramente no será perfecta como me dicen varios amigos economistas, pero de lo que se trata es de pensar primero en los trabajadores y después en los demás y yo, sinceramente, estoy de acuerdo.

No puedo dejar de hablar de Buenos Aires, una ciudad maravillosa. Caminé incesantemente por sus calles, recorrí sus parques y sus librerías, busqué con fervor los pasajes que la literatura me indicaba. Desde el Ombú de Borges en Belgrano hasta las conversaciones interminables con el encargado de la librería Prometeo. Estuve allí y lo recordaré para siempre.

Lo sorprendente, sin embargo, fue para mí la Argentina de los Andes, más allá y más acá de los aires porteños. Visitar Tucumán y recordar nuestras sierras, enterarse como nos contó Rodrigo Montoya –en una memorable conferencia en el centro del bicentenario– que los arrieros de Salta dejaban su carga en Lucanas y regresaban al norte argentino cargados de huaynos cuando aún no había fronteras entre nosotros.

Por último, me impresionó la militancia en las causas progresistas, porque yo soy un militante y me creía una especie en extinción de la década de los setentas. Los amigos argentinos me convencieron de que no era así. Solo son posibles los cambios en nuestro continente sobre la base del compromiso militante. Entendí, una vez más, que ese compromiso, es la contraparte que los pueblos oponen a otros poderes que tienen en las armas y el dinero sus recursos. El compromiso militante nos brinda una energía inagotable para luchar

una vez como embajadores y otra como activistas de calle en las causas de la justicia y la libertad.

Quiero terminar agradeciendo al amigo, Darío Alessandro, Embajador de la Argentina en el Perú, su don de gentes y sus atenciones de caballero, a Marta, su esposa por su infinita amabilidad. Pero sobre todo a la Señora Presidenta Cristina Fernández de Kirchner, a su liderazgo que se alza en América del Sur y nos dice que hoy, hay otra hora para nuestros pueblos, que no es la de la servidumbre y el sometimiento, sino la de nuestra presencia soberana en el mundo, como un bloque de naciones que se integran ventajosamente a la globalización a partir de sus propias potencialidades y necesidades.

Gracias Argentina, gracias Perú patria querida, que el futuro nos aguarda como Patria Grande y debemos atrevernos a abordarlo.

Gracias a todos y buenas tardes.

Nicolás Lynch

Lima, 5 de julio de 2013

